

APOCALIPSIS ISLAND NUEVOS ORIGENES

J.D.

DOLMEN
EDITORIAL

ÍNDICE DE LECTURA

Apocalipsis Island: orígenes

Apocalipsis Island

Apocalipsis Island: nuevos orígenes

Apocalipsis Island: misión África

Apocalipsis Island: guerra total Z

INTRODUCCIÓN

En la introducción de *Apocalipsis Island: orígenes*, usé la frase «Esta es una novela de palomitas» para referirme a la misma. La crítica no estuvo de acuerdo. Se dijo que los personajes eran profundos, que la historia estaba bien narrada y desarrollada, todo lo que no es una novela palomitera, vamos. Así que dejaré en manos más expertas, las de los lectores, opinar si ahora esta es una novela de palomitas o no.

Aunque lo más importante es que, cuando acabéis de leerla, deis por bueno el tiempo empleado y que estéis convencidos de que vuestro dinero ha sido bien invertido.

Así que, en vez de explicar de nuevo qué es una novela de palomitas, o ponerme a contaros mi vida, mejor comienzo dando las gracias y aprovecho el espacio para algo útil.

Gracias a los que habéis comprado el libro, que, si los cálculos de nuestro estimado y querido editor Vicente García son ciertos, será el más tocho de los publicados hasta ahora en la línea Z de la editorial. Espero que nadie se lesione transportándolo.

Tengo que agradecer también a los lectores que han seguido la publicación del libro a través del blog y a los amigos del grupo y la página de Facebook de *Apocalipsis Island*.

El editor, Vicente García, me deja seguir escribiendo y diseñando este universo tan particular, así que muchas gracias también a él.

Esta novela ha sido complicada de escribir, dado que había muchas cosas que explicar; a ello han ayudado el amigo Pep Fiol (sí, alumnos, vuestro profesor de Formentera, que colaboró, entre otras cosas, en diseñar la operación Naclo) y el amigo Carlos, que

insistió de forma enfermiza en que un portaviones no se partía por la mitad así como así, y hasta que no encontré una forma «realista», no me dejó en paz; eso y recomendarme (más bien machacarme de forma insistente) las mejores armas y munición para matar zombis. ¿Qué implica usar expertos? Pues que si hay algún problema, la culpa no es del escritor, sino de esos listillos que no saben ni explicarse debidamente, por muy profesores e instructores que sean.

Y mira, que como estamos en crisis y esto de los agradecimientos todavía es gratis, muchas gracias a todas las buenas personas que tratan de hacer de este un mundo mejor sin destrozar las vidas de los demás, a pesar de que la oposición es numerosa y cobarde.

CAPÍTULO I

UN NUEVO COMIENZO

Día de Reyes.

Pep se encontraba en su despacho cuando recibió una llamada de recepción que le urgía a encender el televisor. Buscó el mando entre los papeles que tenía repartidos por la mesa y, cuando lo encontró, lo encendió. Le surgió la duda, dado que no le habían dicho qué canal sintonizar.

En el monitor, un presentador parecía estar recibiendo información a través de su pinganillo mientras asentía.

— En un comunicado emitido hace unos minutos, el presidente de la Comunidad Balear ha confirmado las primeras noticias que señalan un motín en la prisión de Palma. Las informaciones de una fuga masiva han sido desmentidas y se ruega a los ciudadanos que no se alarmen. Los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado han tomado cartas en el asunto y en breve la situación estará bajo control. Se desconoce, a estas alturas, el motivo del motín o su efecto a corto plazo, pero, según aseguran fuentes internas, no hay nada que temer y la cárcel ha sido rodeada, aunque no se espera que ningún preso escape. La circulación no se verá restringida y no se prevén atascos o problemas de otra índole.

»Muchas gracias por su atención y que Dios los bendiga.

Pep vio que todas las cadenas retomaban su programación habitual, aunque en la parte inferior de la pantalla aparecía un mensaje continuo recordando el motín y las medidas impuestas.

«Al menos no se trata de una noticia sobre zombis», pensó Pep

mientras apagaba el televisor y devolvía su atención a asuntos más urgentes.

El hotel que dirigía no iba a conseguir dinero si no supervisaba todo en persona, ni se iban a hacer pedidos ni a pagar a los empleados por arte de magia. Suspiró y se recostó en su silla de ejecutivo. Le había costado encontrar una silla adecuada. Para mucha gente, su fijación en encontrar el asiento perfecto era enfermiza, pero no eran ellos los que tenían que pasar las tres cuartas partes del día sentados en un despacho.

Y, además, era época navideña. Su hotel estaba al completo, y eso era una buena noticia. Esperaba que la ocupación se mantuviera así durante todo el año. Debía contratar a alguien para que lo ayudara en el día a día del hotel. Los becarios no daban abasto tampoco, y aunque hacían un buen trabajo, solo eran becarios.

Quién lo iba a decir, al final el nombre que le había puesto al hotel iba a tener buena parte del éxito del mismo. Observó una foto de la fachada con su cartel resplandeciente: Hotel Isla del Apocalipsis.

Pep era uno de los mallorquines que había sobrevivido a la guerra mundial zombi. Cuando los muertos volvieron a la vida, él acababa de cumplir los dieciocho años y estaba a punto de iniciar el servicio militar. Ya había pasado el reconocimiento médico. Le tocó artillería en el cuartel de Son Busquets, un enorme complejo en la denominada *part forana*, como la llamaban algunos para referirse a las afueras de la ciudad.

La verdad es que no le hacía ninguna gracia hacer la mili. Su idea era entrar en la universidad y estudiar Turismo. No es que le apasionara el tema, pero dado que la isla vivía de eso, era natural que buscara una especialidad en la que pudiera conseguir un trabajo con facilidad.

Pero los no-muertos tenían otros planes, y él había acabado refugiándose en las montañas junto a otras personas, sobreviviendo de lo que podían encontrar en sus excursiones a la ciudad. No todos habían resistido con vida, y el tiempo pasado en la montaña había sido una pesadilla. Siempre con miedo, sin apenas poder dormir por las noches, creyendo que al cerrar los ojos aparecería un grupo de zombis para devorarles el cerebro.

Pero la realidad era muy diferente. La había visto muy de cerca. Los zombis no comían cerebros y, por lo que sabía, no les importaba nada. Su objetivo parecía ser, simplemente, encontrar a cualquier humano vivo y matarlo. De hecho, tampoco parecían molestarse en convertirlos, dado que en ese caso no habrían tratado a los muertos de forma tan salvaje.

Cuando finalmente todo acabó y la vida volvió a la normalidad, las cosas habían cambiado. La gente tenía miedo, mucho miedo. El gobierno temporal modificó las leyes, permitió la compra de armas al más puro estilo de los Estados Unidos y, lo peor de todo, no se libró de hacer la mili. Aunque esto, visto lo visto, tampoco le importó mucho. Durante la instrucción pensó en seguir la carrera militar, pues parecía ser la mejor manera de ganarse la vida. A pesar de que los más tocados habían sido los civiles, lo cierto es que los ejércitos de todo el mundo necesitaban soldados, y los sueldos que ofrecían eran bastante apetecibles. Pero los zombis...

El gobierno temporal se convirtió en definitivo e incluyó un nuevo ministerio con un miembro de la Iglesia a la cabeza. La gente se había vuelto más conservadora, más temerosa de Dios, y la Iglesia lo había sabido aprovechar.

El problema con el que se encontraba ahora la comunidad era el turismo. La gente no estaba por la labor de viajar, de salir de la protección de sus casas para aventurarse a visitar otros países, y menos una isla en la que no había un lugar adonde huir.

Mallorca pasó los siguientes años buscando un negocio alternativo y, mientras tanto, la economía se iba resintiendo y el paro aumentaba hasta cifras nunca conocidas. La administración local no encontraba la solución, a pesar de las ayudas que llegaban del gobierno central.

Mientras todo esto ocurría, Pep había acabado la mili y también la carrera de Turismo. El sector no había muerto, simplemente se había movido de lugar. Pep tenía el sueño de dirigir un hotel en Mallorca y conseguir que el turismo volviera a la isla para revitalizarla. Pero seguía sin saber cómo hacerlo.

Durante uno de sus viajes, mientras trabajaba en un hotel, conoció a Antoine, uno de los cocineros. En realidad se llamaba Toni, pero lo francés seguía vendiendo bien en restauración y quedaba

mejor decir que tenías un cocinero con ese nombre que uno llamado Toni. Cuando ambos descubrieron que eran mallorquines, se hicieron amigos y comenzaron a añorar los viejos tiempos. Y Pep le habló de su sueño de conseguir que Mallorca volviera a ser el destino turístico que había sido antaño. Toni al principio se rio de él, pero al ver la seriedad con que lo decía, le propuso un trato. Si conseguía su objetivo y abría un hotel, él iría a trabajar a la isla. Pep sonrió. Toni era uno de los mejores cocineros que había conocido, y sacaba platos exquisitos con lo poco que tuviese a mano. Desde luego, se acordaría de esa promesa en el futuro.

A medida que trabajaba en más hoteles y visitaba más países, se daba cuenta de que lo que la gente buscaba era seguridad. Y eso en Mallorca no se podía conseguir. O tal vez sí. Comenzó a gestar una idea durante los siguientes años, mientras empezaba a mover los hilos para llevarla a cabo.

Finalmente volvió a la isla con un plan. Y con dinero.

Había hablado con diversas personas sobre su proyecto, pero pocas querían arriesgar su capital en una empresa tan peligrosa. Una de esas personas vio el brillo en los ojos de Pep y le concedió el préstamo, con la condición de que pudiera asegurar el éxito de su plan.

Después de mucho moverse, finalmente consiguió reunirse con el secretario de uno de los integrantes de la Consellería de Turisme, el equivalente balear del Ministerio de Turismo. El secretario, un joven ambicioso llamado Marcos, al principio lo miró con cierto recelo, como si esperase que llevara un micro o una cámara oculta y le fuera a ofrecer algo ilegal. Marcos no tenía miedo a que les pasaran esas pruebas a la fiscalía, sino que fueran filtradas a la prensa o, peor aún, publicadas en Internet. Al fin y al cabo, los jueces hacían lo que ellos decían.

— ¿Qué es lo que desea? — le preguntó, al tiempo que sorbía de una copa de agua y seguía estudiando a Pep.

Pep sonrió. Era natural que esta gente ambiciosa fuera con pies de plomo, así que trató de ser lo más amable posible, intentando demostrar su buena fe y que no tenía nada que temer de él.

— Quiero revitalizar el turismo en Mallorca — dijo sonriendo, mientras estudiaba la carta del restaurante donde se habían citado.

— Buena suerte con ello — respondió sarcásticamente Marcos — . No es usted el primero que lo ha intentado, y nadie hasta el momento ha tenido éxito. Y espero que su idea no sea la de crear un zoológico de zombis, dado que esa ya se ha propuesto. Y aceptado.

Lo último lo dijo con cierto disgusto. Seguramente porque no era idea suya, más que por el hecho de utilizar a los zombis como atracción turística.

— No, nada tan..., bueno..., no sabría cómo calificar esa idea — apuntó Pep a modo de disculpa para no verse comprometido — . Mi idea es otra, aunque también implica usar a los zombis en cierta manera.

Cuando llegó el camarero ambos se quedaron en silencio y solo hablaron para pedir su comida. Una vez se hubo retirado, Pep continuó hablando.

— Como ya sabrá, uno de los problemas de esta isla con respecto al turismo es que no podemos garantizar la protección de la gente.

— Antes de que Marcos pudiera rectificarle, le hizo un gesto pidiéndole paciencia y siguió hablando — . Es cierto que tanto el gobierno central como el autonómico han hecho todo lo posible para asegurar la isla. Además, han estacionado varias unidades del ejército para dar sensación de seguridad. Pero seguimos estando en una isla de la que no podremos escapar si se vuelve a repetir el «problema».

»Mi proyecto implica darle a los turistas la seguridad que les falta. Proclamar una ley que obligue a todos los establecimientos hoteleros a seguir unas medidas de protección antizombi. Como tener un refugio adecuadamente preparado para que sus clientes sobrevivan al menos una semana sin problemas, y que obligue a contratar a un cuerpo especial de seguridad para dar mayor sensación de protección.

Marcos se quedó mirándolo.

— ¿Y qué quiere usted a cambio? — preguntó, mientras seguía escrutando con la mirada a Pep.

— Nada, en realidad. — Pep sonrió ante la mirada suspicaz de Marcos al escuchar su respuesta.

— Nadie hace nada por nada — replicó Marcos — , seguramente esperará algo a cambio. Dinero, favores especiales, permisos de construcción...

— Simplemente poder cumplir mi sueño — confesó Pep —. Tener un hotel en primera línea sin que los burócratas me compliquen la vida más de lo necesario.

— ¿Una carta blanca para construir un hotelucho que no cumpla con esas leyes? — interrogó Marcos, creyendo ver por dónde iba Pep.

— No, no, todo lo contrario. Mi intención es hacer el hotel más seguro y fabuloso de esta isla — confirmó Pep, sonriendo como un niño pequeño —. Pero ambos sabemos que a veces los inspectores de obra, o los obreros, pueden causar problemas diversos. Simplemente quiero que eso no me ocurra a mí. Ni más ni menos.

— Eso podría arreglarse — afirmó Marcos lentamente, mientras valoraba la propuesta —. Pero su idea costaría mucho dinero. Los hoteles tendrían que ser remodelados, seguramente la mayoría incluso derribados para ser reconstruidos desde cero.

— Con todo lo que eso implicaría — dijo Pep, mostrando la gallina de los huevos de oro —: Nuevos permisos, miles de millones de euros en subvenciones, trabajo a destajo para la mayoría de la población, inversiones a corto plazo que rápidamente darían beneficios... para todo el mundo.

»Nadie perdería. Al principio, seguro que los hoteleros se quejarían, pero, sinceramente, ahora mismo no están ganando dinero con sus establecimientos, así que, con la perspectiva de volver a ganarlo, seguro que no se opondrán a esa nueva ley y a las reformas que implica.

Marcos sonrió ante la idea. El de subvenciones era uno de los departamentos que él manejaba, y vender la propuesta al *conseller* sería sencillo; este tenía muchos amigos constructores que con seguridad le estarían muy agradecidos. Además, disminuiría el paro, la gente tendría un empleo y un sueldo. Eso haría que gastaran más dinero, podría revitalizar toda la sociedad mallorquina de nuevo.

— Creo que podré proponer su idea al *conseller* — aceptó finalmente Marcos.

— ¿Mi idea? — preguntó Pep con fingida inocencia —. Me temo que no sé de lo que me está hablando, amigo mío. Solo le pido que me informe del contenido de la futura ley con tiempo para poder presentar mi hotel a la sociedad mallorquina y mundial.

Marcos sonrió más aún. Eso le podría dar un buen empujón a su carrera. Ser el salvador de la sociedad mallorquina con el tiempo podría granjearle un puesto político importante. O, quién sabe..., tal vez incluso convertirse en presidente autonómico.

El camarero trajo los primeros platos y sirvió el vino que habían pedido. Ambos alzaron sus copas para brindar.

— Por el resurgir del turismo — propuso Pep.

— Por el resurgir del turismo — ratificó Marcos, chocando levemente su copa.

Pep estaba tan seguro de que la ley se aprobaría, y que se haría teniendo en cuenta sus sugerencias, que nada más salir del restaurante comenzó a realizar los preparativos.

Su primera intención siempre había sido construir el hotel desde cero, pero eso llevaría demasiado tiempo. Así que, aprovechando que el mercado inmobiliario estaba de capa caída, había adquirido un complejo de apartamentos en primera línea del lujoso Paseo Marítimo. No tenía la playa enfrente, aunque sí una preciosa piscina desde la que se podía disfrutar del puerto.

Luego contrató a un arquitecto para que remodelase el diseño del nuevo hotel según sus cambios y especificaciones. Le había costado encontrar un profesional honrado que no le ofreciera abaratar los precios o alguna triquiñuela típica del negocio. Pep siempre se negaba a ello. Su hotel tenía que ser el mejor, y no se podía dudar de su seguridad. Ahora solo quedaba esperar para poder comenzar las obras.

Apenas una semana después de su reunión, Pep recibió de manos de un mensajero un paquete que contenía la futura ley que sería aprobada por vía urgente, en la que se explicaban de forma exhaustiva las nuevas normas de construcción. Una ley antizombi para los constructores en general y para los hosteleros en particular.

Lo primero que hizo fue revisar todos los papeles que había ido acumulando a lo largo de las semanas anteriores. Había obtenido los permisos sin problemas, gracias a la recomendación de su «amigo»; los proyectos del arquitecto estaban todos en orden y, según sus especificaciones, los contratos con los constructores estaban firmados pero sin fecha. Parecía tenerlo todo correcto. Respiró hondo y cogió el teléfono. Marcó un número con premura. Después de dos tonos, alguien respondió al otro lado.

— Ya tengo los papeles. Ningún cambio — dijo Pep completamente extasiado —. Ya podéis comenzar las reformas.

Al cabo de varias semanas, la ley era aprobada sin contratiempos. Era lo que pasaba cuando tenías mayoría absoluta y cualquier postura en contra de revitalizar el turismo y crear seguridad en la población era tomada como una medida contra la isla y sus habitantes.

Al principio los hoteleros mostraron su rechazo a esa nueva normativa, y se quejaron amargamente del gasto que iba a ocasionar. Pero, poco a poco, sus amigos constructores, o ellos mismos, que tenían también participaciones en las empresas, les convencieron de las ventajas de su cumplimiento.

Además, tampoco es que estuvieran ganando dinero con la situación actual, así que la prioridad era salir adelante. Y las ayudas del gobierno resultaban muy jugosas y atractivas.

Por supuesto, el primer hotel que tuvo todas las reformas acabadas y el visto bueno del inspector fue el de Pep. Así que recibió publicidad gratuita en televisión, y la inauguración fue un fenómeno social al que asistieron la flor y nata de la isla, del país y de parte del extranjero. Una ayuda extra que no había previsto, pero que hacía que todos los focos se centraran en él y en su nueva aventura.

Durante las siguientes semanas estuvo invitado a una docena de programas de televisión, todos de gran audiencia, incluyendo los del corazón, que estaban interesados en las habitaciones VIP y las medidas de seguridad que tendrían los famosos. Y toda esa publicidad, sin tener que gastar un euro o pedir favor alguno. Hasta recibió peticiones de programas de radio para hacer especiales desde el hotel. Incluso, cuando la liga de fútbol se reanudó, los primeros equipos que llegaron como visitantes para jugar contra el Mallorca eligieron su hotel para descansar sin temer por su seguridad.

Además de todo eso, el obispo y un enviado especial del papa bendijeron el hotel. No podía pedir más. Bueno, sí, que el mismo papa visitara la isla y se alojara en su hotel. Pero eso sabía que no iba a pasar nunca.

Después del *boom* inicial, y con el resto de hoteles acabando sus reformas, las cosas volvieron a la normalidad. No obstante, esta primera etapa había situado su establecimiento en el mapa del

mundo y ahora, aunque las cosas en el futuro fueran lentas, tenía una base económica más sólida de lo que había previsto.

Si hubo algo en lo que Pep también había insistido fue en la contratación de personal. No quería gente descontenta. No quería trabajadores vagos ni ladrones, ni a nadie que no se defendiera en, al menos, un idioma extranjero. No escatimó en dinero y ofreció a sus empleados un sueldo justo. Quería que su hotel fuera ejemplar en todos los aspectos.

Lo que más le costó fue encontrar un buen jefe de seguridad. Durante los primeros meses había contratado un servicio externo, pero quería tener uno propio. No depender de gente que, en su mayoría, estaba fuera de forma, amargada por lo poco que cobraba o demasiado confiada por llevar un arma de fuego encima. Nada de eso era bueno para la imagen del hotel. Conseguir a alguien que se hiciera cargo de la seguridad se estaba convirtiendo en una ardua tarea. Y no era por falta de candidatos, sino de brillantez y experiencia en campos que no fueran matar zombis. El trabajo no solo consistía en eso, a pesar de lo que la gente creía.

El problema era que, al igual que los turistas, los jefes de seguridad en la isla escaseaban. Sabían que era una ratonera. Y si alguna vez volvían los zombis con fuerza, no había nada que hacer.

Un día, mientras hablaba con un cliente, este lo felicitó por uno de los miembros de seguridad del hotel. Investigando, descubrió que entre el personal contratado no todos eran más ágiles de gatillo que de cerebro, y poco a poco fue escuchando grandes cosas de ese empleado, tanto entre sus compañeros como entre los clientes. Al parecer era una persona educada y sociable que trataba de ayudar en lo que fuera necesario.

Lo primero que hizo fue conseguir su currículum y estudiarlo. Tenía un título universitario y había sobrevivido a los zombis en Mallorca, en 1985. Pero sus jefes no parecían tenerlo en alta estima, a juzgar por las continuas notas negativas presentadas por los mismos, lo cual hacía que tuviera más interés en él. Había aprendido que si un superior se quejaba continuamente de un empleado pero no lo despedía era que simplemente lo consideraba una amenaza para su puesto.

Decidió que tenía que conocer a ese hombre.

Así que un día se acercó a él y lo invitó a comer. Carlos, que así se llamaba el miembro de seguridad, se mostró sorprendido por la invitación del director del hotel, pero ello no fue impedimento para aceptarla.

Poco después, estaban los dos comiendo en uno de los restaurantes más tradicionales de la ciudad, el Celler Sa Premsa. Ubicado cerca del casco antiguo, contaba, como era habitual, con estupendos platos caseros elaborados por sus cocineros. Lo cierto era que, a pesar de la caída de visitantes extranjeros, el restaurante había resistido gracias a los clientes locales y a la buena calidad de la comida.

El motivo por el que Pep había elegido ese sitio no era únicamente por su excelente carta, sino porque había un ruido de fondo que impedía que nadie escuchara sus conversaciones. Y, en el mundo hotelero, los espías se ganaban el sueldo de la misma manera que en cualquier otro negocio. La información era poder, saber a quién estaba tanteando el nuevo Rey Midas como jefe de seguridad era una información realmente golosa.

Mientras esperaban los entrantes, Pep ofreció un cigarrillo a Carlos y se encendió otro, aunque este negó el ofrecimiento con la mano. Pep le dio una calada y luego soltó el humo haciendo que se uniera a la nube blanca que flotaba sobre sus cabezas.

Durante la primera media hora, en los entremeses, ambos se estuvieron estudiando, hablando de cosas triviales: deportes, política, religión... Tomaban nota de las respuestas y reacciones del otro. Los dos habían tenido experiencias diversas con los zombis y con la gente en general, y parecían tener en común la preocupación por la seguridad de las personas.

Cuando le preguntó por las medidas de seguridad del hotel, Carlos sonrió enigmáticamente, pero no dijo nada. Pep insistió.

— Bueno, no se lo tome a mal, pero confiar la seguridad de su hotel a una empresa externa no es la mejor opción — señaló Carlos —. La gente pagada por terceros no se preocupa de los clientes más de lo debido, y su fidelidad solo es tan buena como el dinero que cobren, no por lo que usted le pague a la empresa.

Pep asintió y le indicó que continuara. Realmente era una de las razones para tener su propia seguridad privada. Pagar a la gente

directamente, de manera que se sintieran parte de algo y no simples empleados.

— Luego está la piscina — continuó — . Es algo exótico que esté fuera del hotel, entre los carriles de la carretera, pero de cara a la seguridad... Sería mejor que fuera una piscina cubierta, con cristales antibalas a ser posible. De esa manera podría tenerla climatizada, y sus clientes también la usarían en invierno.

La conversación cesó cuando el camarero trajo los primeros platos. Ambos engulleron en silencio la deliciosa comida que el cocinero había preparado ese día. Mientras esperaban el segundo plato, Pep retomó la palabra.

— Son unas observaciones adecuadas, y su jefe las ha omitido en su informe. O simplemente no le pareció importante. — Pep hizo una pequeña pausa mientras bebía un trago de vino — . Desde hace un tiempo estoy buscando a un jefe de seguridad que resuelva esas y otras cuestiones referentes al hotel.

»Entienda que mi prioridad son los clientes; y los empleados, por extensión. Si están cómodos, todos ganamos. La seguridad es un tema que me preocupa profundamente. Quiero dar una auténtica sensación de inmunidad. No solo darla, también quiero que, llegado el caso, esa sensación sea una realidad, y que pueda asegurar a mis clientes que no les pasará nada.

— La perfección no existe — le aseguró Carlos — . Siempre está el factor X, ese algo imprevisible que puede ocurrir. Como decía nuestro buen amigo Murphy: si algo malo ha de pasar, no solo pasará, sino que será peor de lo que esperabas.

Pep sonrió.

— O como también se dice: espera lo mejor, pero prepárate para lo peor.

Carlos asintió, y Pep volvió a tomar la palabra.

— Entonces, ¿puedo dar por asumido que quiere el puesto de jefe de seguridad?

La transición fue rápida. En apenas un mes, Carlos, después de haber aceptado encantado la oferta, había formado su equipo de seguridad y las obras recomendadas comenzaron. Por fortuna, se realizaron durante temporada baja, con lo que los clientes no se quejaron demasiado, y menos cuando se les hicieron diversas reba-

jas en el precio de su estancia y ofertas especiales por las molestias ocasionadas.

El equipo que Carlos había conformado estaba compuesto en su mayoría por gente de la isla o que había emigrado ante la falta de trabajo «serio». El hotel comenzó incluso a ofrecer escolta a sus huéspedes, un servicio adicional para los más paranoicos. Algunos solo lo contrataban para ostentar, a pesar de que el personal que le acompañaba no se tomaba a broma su trabajo. Aunque la población zombi había sido controlada casi por completo, no había semana en la que no hubiera algún susto.

El mayor problema se encontraba en las playas. ¿Cómo proteger a un huésped VIP que se metía alegremente en el agua? Mallorca no era conocida por sus peligros acuáticos, hasta que los turistas comenzaron a ser atacados por zombis arrastrados a las playas por las mareas. Alguien sugirió una solución, cuando menos bizarra, consistente en vallar toda la costa para impedir que se colaran los zombis. Aunque en algunas calas eso era posible, en la playa principal, conocida como S'Arenal, era completamente inviable por tratarse de una línea casi recta de costa de unos cinco kilómetros. Así que la solución fue contratar socorristas con el título de tirador experto.

El problema surgió cuando el número de muertes por disparos accidentales superó a las causadas por ataques de zombis. Los inspectores de trabajo tuvieron que ponerse duros y realizar pruebas a los socorristas para comprobar que, realmente, no habían obtenido el título en una feria.

Además de eso, se decidió patrullar las costas tanto con lanchas como con minisubmarinos no tripulados, en busca de no-muertos, tratando de acabar con ellos antes de que alcanzaran la costa. Obvia decir que no tardó en convertirse en una cara atracción turística, bajo el lema «Patrulle junto a nuestros vigilantes las playas de Mallorca en busca de zombis». Todo por dinero.

El servicio de escolta del hotel incluía su propio minisubmarino, que era dirigido desde el hotel para apoyar al grupo de escolta que estaba en la playa, preparado para lo peor. Era un operativo costoso, pero que los clientes pagaban sin problema con tal de asegurarse de que su pierna no sería mordida por algo que no fuera un animal.

El personal de seguridad se convirtió en una razón más para confiar en el hotel. Parecía que las cosas iban viento en popa para el negocio.

Pep suspiró mientras observaba la piscina climatizada desde la ventana de su despacho. Había sido una buena idea. Los clientes se sentían encantados pudiendo usarla durante el invierno y, en las raras ocasiones que nevaba, poder disfrutar de la nieve mientras se daban un chapuzón la mar de calentitos.

Salió de su despacho rumbo al *hall* del hotel. Debía dejarse ver de vez en cuando, saludar a los clientes y asegurar a sus empleados que seguía vivo, que no había muerto fruto de algún derrumbe de papeles. Miró su reloj y comprobó, para su asombro, que era la hora de comer. Cómo pasaba el tiempo cuando uno estaba entretenido con las facturas.

Fue entonces cuando se fijó en el personal de seguridad, cosa que habitualmente no solía hacer. Iban equipados con chaleco antibalas, casco, rodilleras, coderas y armamento pesado. Algo espectacular, ciertamente.

Carlos estaba hablando con el recepcionista, señalando las puertas. Se acercó a él.

— ¿Tenemos un huésped especial del que nadie me ha informado? — preguntó, interrumpiendo la conversación.

Carlos se giró para encararlo.

— No que yo sepa. Pero ya sabes cómo es esto de las sorpresas. Nunca vienen solas.

En ese momento Pep recordó el mensaje televisivo que había visto sobre los presos amotinados.

— ¿Temes que se fugue algún preso y llegue hasta aquí? — consultó Pep, entre alarmado y sorprendido.

— Temo un brote zombi — respondió Carlos con seriedad —. Conseguir un arma en esta isla no es un problema. Así que imagínate un ejército de presos amotinados y armados batallando contra la policía, la guardia civil y quien se les cruce en las calles de la ciudad. La cantidad de muertes puede ser elevada.

Pep no había pensado en eso. Por fortuna, su jefe de seguridad era realmente competente.

—¿Algún problema más? —preguntó Pep, mientras pensaba qué iba a comer.

—Las escoltas que ya están en las calles han sido avisadas y les he mandado material adicional. Tengo en alerta a todo el departamento. Algunos se enfadarán por arruinarles el día de Reyes pero, creo que lo entenderán. Aparte de eso, tu amigo informático y el mío... —señaló Carlos cambiando el gesto serio por otro más relajado—. No sé si se matarán o acabarán juntos.

Eso último lo dijo en voz baja. La homosexualidad no era precisamente algo que estuviera bien visto, y menos desde que la Iglesia la había declarado pecado mortal, junto al aborto.

Pep se dio un golpe en la frente. Acababa de recordar que había quedado para comer con su inversor principal, Gerald, el magnate de la informática.

Gerald parecía el típico rico excéntrico. Había conseguido sus millones después de la crisis zombi, formando empresas de informática que ofrecían sus servicios a todo el mundo. Y pensar que había comenzado su negocio en el sótano de un castillo...

Al parecer ya era una persona con dinero antes de que los zombies destrozaran las vidas de todo el mundo. Pero la sociedad había visto cómo la mayoría de sus ordenadores no funcionaban tras el renacer. Casi todos los técnicos informáticos habían muerto durante el apocalipsis zombi, ya que la supervivencia no estaba entre las habilidades de la mayoría de ellos. Así que sus servicios se pagaban de forma muy generosa. Poco a poco, fue delegando en sus discípulos y él se dedicó a viajar por el mundo, preparando al mismo para el siguiente apocalipsis, que bajo su criterio iba a ocurrir tarde o temprano, dado que así eran los humanos: les daba por buscar la piedra en la que habían tropezado con anterioridad para volver a golpearse de nuevo en ella.

Sus caminos se habían cruzado en uno de los hoteles en los que había trabajado Pep en el extranjero. Gerald había pasado una época en España, invitado por el gobierno popular para que le aconsejara y pusiera al día sus rudimentarios sistemas informáticos, fruto de la dejadez socialista, y había aprendido algo del idioma, además de enamorarse del clima mediterráneo.

Cuando Pep le contó a Gerald su idea de crear un hotel antizombis, enseguida se ofreció a financiarle, a montarle el entramado informá-

tico y convertirlo en el más moderno del mundo, tecnológicamente hablando. Pep no estaba muy convencido, eso de la informática y de Internet (algo que Gerald decía que acabaría arrasando en el mundo entero) le parecía cosa de magia y una pérdida de tiempo. Pero quién le decía que no al tipo que tenía el dinero.

Así su hotel se convirtió en uno de los primeros en ofrecer *Wifi* para los clientes, acceso a través del puerto en las habitaciones o en un par de ordenadores en el *hall*. Y eso de Internet parecía ser muy apreciado por los clientes, así que...

Pep llegó al comedor y enseguida vio a Gerald. Había venido a pasar las vacaciones de Navidad a la isla acompañado de parte de su familia y, obviamente, se alojaban en el hotel. Por fortuna, no eran clientes ruidosos.

Gerald se levantó para saludarlo y darle un abrazo de oso. A pesar de los años, el informático seguía teniendo un exagerado sobrepeso, aunque, al parecer, su corazón resistía bien el esfuerzo. Rarezas de la naturaleza. Estaba acompañado por sus sobrinos, que no superaban los diez años y parecían encantados de la compañía de Gerald.

Pep los saludó con un leve movimiento de cabeza y estos levantaron las manos alegremente.

— Tío Gerald nos estaba contando la vez que derrotó a cien zombis de un solo golpe — comentaron felices, haciendo grandes aspavientos —. Y cómo él solo nos salvó del apocalipsis.

Pep miró con cierta curiosidad a Gerald, quien le dedicó la mejor de sus sonrisas mientras se encogía de hombros.

Luego, sin dejar que se acercara más a la mesa, lo llevó un momento aparte, lejos de los curiosos oídos de sus sobrinos, que los seguían con la mirada, atentos a cualquier cosa que hicieran o dijeran.

— ¿Sucedó algo? — preguntó con cierto tono de preocupación en su voz, dando la espalda a los niños. Tu personal de seguridad se ha armado hasta los dientes y se ha equipado como si fuera a luchar contra un ejército. ¿Algo que deba saber?

— Al parecer se ha producido un motín en la cárcel — le explicó Pep en tono calmado y confidencial —. Las informaciones, para variar, son confusas. Mi jefe de seguridad es un poco paranoico y

teme que se produzca un baño de sangre, y que eso dé lugar a la aparición de algún zombi.

Gerald asintió con la cabeza, comprendiendo la posible gravedad de la situación.

— Bien, bien —convino, algo más calmado—. Buena medida, sensata. Pero una fuga el día de la cabalgata de Reyes... Ahora no sé si sacar del hotel a mis sobrinos, como tenía previsto, para llevarlos a verla. No es que sea gran cosa, pero les hace ilusión, así que he aprendido a no discutir con ellos.

— Tranquilo, no creo que pase nada —le tranquilizó Pep—. Hay policías por todas partes y, según decían en la tele, el ejército también está colaborando. Pero, si lo prefiere, puedo asignarle una escolta.

Durante unos segundos Gerald estuvo sopesando la posibilidad. No quería alarmar a sus sobrinos, aunque seguro que estos se lo tomarían más como una aventura, al estar acompañados de personas armadas. Pero tampoco quería que eso provocara problemas en la cabalgata.

— Más vale prevenir que curar —aceptó finalmente—. Mis hermanas no me perdonarían que les pasara algo a sus hijos. Si no es mucha molestia...

Pep le dio una palmadita en la espalda.

— No será ningún problema —dijo sonriendo—. Al fin y al cabo, es parte de nuestro servicio.

Gerald asintió y le indicó la mesa en la que los niños los estaban observando con mucha atención.

— Una vez solucionado ese pequeño problema, y salvado el mundo otra vez, vamos a comer —comentó sonriendo—, que parece que lo necesitas. Estás en los huesos, hombre, debes cuidarte un poco.

Horas después, Gerald observaba preocupado a sus sobrinos correr entre la gente que también iba a ver la cabalgata. Sus escoltas, en cambio, no se esforzaban por pasar desapercibidos; iban completamente armados y equipados, y se dejaban ver claramente, eso complacía a Gerald. Aunque lo del motín le había inquietado, al ver en la recepción del hotel a los que se encargarían de proteger a sus sobrinos, respiró tranquilo.

Sujetó con fuerza la mochila que llevaba mientras avanzaba entre el gentío, que también iba acompañado de amigos, parejas o hijos, y trató de no perder de vista a sus pequeños acompañantes y que ningún amigo de lo ajeno tratara de robarle algo.

No le gustaba la gente y se sentía incómodo rodeado de aquella masa humana que había salido a las calles. Una de las razones por las que acabó adquiriendo el castillo en el que había pasado casi todo el tiempo de la guerra contra los zombis era que estaba aislado, no tenía que aguantar al perro del vecino o su estridente música, y ya estaba preparado y equipado, apenas había que hacer un par de reformas. Además, nunca se sabía lo que podía pasar con esas malditas criaturas del averno. Si habían vuelto una vez a la vida...

Sin embargo, ahí estaba, en una isla, rodeado de agua y acompañando a sus sobrinos. Lo cierto es que no era precisamente un ser muy querido en su familia, pero, por suerte, el paso del tiempo y el dinero habían ayudado a arreglar los problemas entre ellos y había acabado siendo el tío excéntrico. Y eso a sus sobrinos les fascinaba. Su tiempo en el castillo era digno de ver. Conocían mejor el maldito montón de ruinas que él, y les había acabado cogiendo aprecio.

A su familia no le había hecho gracia el viaje. Él les había asegurado que estarían a salvo, que no había nada que temer. Incluso les ofreció acompañarlos, pero los padres habían visto la posibilidad de pasar unos días libres de sus servicios «parentales» y, salvo la resistencia inicial, no habían puesto muchas pegas. Desde luego, él haría honor a su promesa y no dejaría que les pasara nada, ni aunque una legión de zombis apareciera de repente y comenzara a matar a diestro y siniestro.

Finalmente llegaron a su destino. Todavía faltaba un par de horas para que comenzara la cabalgata de Reyes, aunque ya los niños estaban nerviosos, como esperando que su impaciencia hiciera avanzar con más rapidez el reloj. Los pequeños, y algunos no tan pequeños, se peleaban por estar en primera fila. De vez en cuando se oía un grito de indignación o un insulto. La policía debía controlar a la multitud y hacía todo lo que podía, pero los padres, que parecían ser más infantiles que sus hijos, no soportaban que los llamaran al orden.

Gerald respiró hondo. Aquella iba a ser una tarde muy larga.

CAPÍTULO 2

LAS OSCURAS

SOMBRAS DEL PODER

Querido Doctor:

Es de suponer que esté esperando mi respuesta con su habitual impaciencia. Lo cierto es que a lo largo de los años esta se ha vuelto... molesta. Nos habría gustado, sin duda, librarnos también de su soberbia. Pero, al parecer, va en el mismo lote que su inteligencia. A lo mejor un día podría en su tiempo libre investigar un método para deshacerse de ese defecto que le hace resultar tan desagradable.

Estoy divagando.

Su reciente proyecto, otra invasión zombi, no ha sido aprobado por el comité.

En estos momentos debe de estar llamándonos de todo; sin embargo, su brillante intelecto comprenderá que, después del fiasco de 1985 (del que todavía sufrimos las consecuencias), nos encontremos reticentes a dejar que vuelva a hacer lo mismo por el simple placer de estudiar la reacción de los frágiles seres humanos.

Si no puede garantizarnos un proyecto viable y seguro, libre de anteriores defecaciones, me temo que nunca daremos luz verde a su proyecto.



Estimado amigo:

Como pudo imaginar, no me hizo especial gracia la determinación de su comité. Creo que son una pandilla de retrógrados que no ven el futuro ni lo que se necesita hacer para preservar la vida humana. Su estrechez de miras puede acabar con el resto de la humanidad.

Deberían saber que los experimentos de campo no son precisamente conocidos por su exactitud, por eso son experimentos de campo. Es necesario probar las teorías. Ustedes, los teóricos, se lo pasan muy bien con sus esquemas, sus cálculos y sus soluciones brillantes. Pero siempre olvidan que alguien ha de probar en condiciones ambientales esos estudios. Cuando sus teorías no se cumplen, parece que la culpa es de quien los lleva a cabo.

Si ustedes hubieran mantenido a raya al ejército, nada de lo que se me acusa habría pasado. Pero tenían que traer a sus soldaditos y generar el caos en un entorno de orden. **NO OLVIDE QUE QUIEN MÁS HA SUFRIDO ESE FRACASO HE SIDO YO.** Esa maldita capitana lleva dos décadas persiguiéndome por todo el Planeta y no ha sido gracias a ustedes que sigo vivo.

Dado que parece haberse convertido en un burócrata cualquiera, en unos días le entregaré mi plan para realizar el experimento en un entorno controlado; así no se volverá a producir el accidente de la última vez, ese que tanto les gusta reprocharme.



Estimados compañeros:

Me complace presentarles el nuevo proyecto en el que estoy trabajando, teniendo en cuenta sus peticiones de información.

El objetivo del mismo es comprobar si la sociedad, tal y como esperamos, está preparada para una nueva invasión.

Para ello será necesario agrupar a un número considerable de zombis y que estos generen el pánico entre la población; así podremos ver si la gente realmente está preparada para reaccionar adecuadamente al problema que se les presenta.

Obviamente, espero que mantengan a raya al ejército; de lo contrario, el experimento de campo no tendría sentido.

Tal y como han solicitado, he buscado un lugar aislado y fácil de controlar. He encontrado una isla en el Mediterráneo que cuenta con un observatorio militar en una zona aislada, por lo que la población está acostumbrada a ver buques de guerra en sus aguas. Estoy hablando de Mallorca, que forma parte de España, un país perteneciente a Europa, al norte del desaparecido continente africano. Dicha isla cuenta con un núcleo urbano próximo a la costa y también con poblaciones más alejadas, por lo que podremos realizar nuestras observaciones en diferentes entornos geográficos.

Mallorca tiene una prisión cercana a la ciudad; ello nos permitirá controlar la creación y la expansión de los no-muertos a lo largo y ancho de la isla (tiene cerca la autopista, así que no será muy complicado redirigirlos hacia sus objetivos); además, utilizaremos a los reclusos para obtener el número de zombis necesarios en el experimento.

Es importante subrayar que el ejército debe quedarse aparte y no intervenir, dejando a las autoridades locales tomar las decisiones estratégicas, así como organizarse en la defensa de la isla. No obstante, recomiendo servirnos de las fuerzas armadas norteamericanas, emplazadas en el Mediterráneo, para controlar el experimento por si surgieran problemas inesperados. Además, cuando se dé por terminado el estudio, podrán destinar la isla a campo de entrenamiento. Mataremos así dos pájaros de un tiro.



Estimado Doctor:

El comité estudiará su informe con detenimiento.

Apreciaríamos poder contar con usted para que responda *in situ* a las posibles preguntas que puedan surgir durante la presentación.

Le rogamos la confirmación de su asistencia.



Espero que la seguridad sea ampliada y que se guarde con celo el lugar y la fecha de la reunión. Únicamente el personal imprescindible debe saber que voy a asistir. Exijo, además, transporte blindado y una escolta fuertemente armada y entrenada. Nada de los típicos armarios que solo sirven para hacer bulto.

No quiero volver a tener sorpresas desagradables.

El *humvee* avanzaba rápidamente a través de las dunas, aunque parecía que apenas botara. Doc sonreía satisfecho. El peso que provocaba el blindaje del vehículo y el armamento que llevaba en la parte superior casi impedían que se levantara del suelo. Junto al suyo iban dos vehículos oruga semipesados con soldados listos para saltar al más mínimo problema.

A pesar de todo, no podía evitar mirar de vez en cuando por la ventana buscando algo: a la capitana Grumpy. Sus caminos se habían cruzado más veces de las que él hubiera deseado. Esa mujer tenía la maldita manía de no morir. Y de intentar matarle.

Sabía que su vehículo podría soportar el impacto directo de un proyectil lanzado desde una bazuca. Un misil tierra-tierra o un antitanque sería otra cosa. Pero ¿de dónde demonios sacaría esa condenada mujer esa clase de armamento?

Vio en la lejanía un helicóptero que protegía el flanco del grupo de vehículos; otro idéntico tenía la misma misión al otro lado. Al menos esta vez el comité se había esmerado en su seguridad. Eso demostraba la seriedad con la que se estaban tomando su nuevo proyecto. Sonrió de nuevo al pensar en sus posibilidades.

Disponía de toda una isla para sus experimentos. Una isla fácil de controlar, sin posibilidad de escapatoria. Y podría ver de nuevo a los zombis en acción y a los patéticos humanos tratando de vencerles. Sin éxito, seguramente. Fuera como fuese, la isla estaba condenada. Y lo mejor es que nadie lo sabía. El comité se encargaría de enterrar el experimento como siempre había hecho. Y al demostrarles que la sociedad no estaba preparada para otro apocalipsis zombi, seguramente le volverían a dar más dinero y más recursos.

Pero la maldita capitana... No, esta vez ni ella podría impedirlo. Lo tenía todo planeado. Iba a ser imposible que esa mujer pudiera volver a interponerse.

Poco a poco el convoy fue frenando y perdiendo velocidad. Los helicópteros comenzaron a volar en círculo alrededor de la zona designada, buscando cualquier cosa que estuviera fuera de lugar.

Los primeros en descender fueron los escoltas de Doc, que rápidamente aseguraron el perímetro. Cuando se dieron por satisfechos, indicaron a los ocupantes del vehículo principal que podían salir. Sin dilación, Doc y sus guardaespaldas atravesaron el pequeño sendero que los separaba de la entrada a una instalación subterránea.

La reunión estaba a punto de comenzar.

El olor de la estancia era aséptico. Seguramente debía de ser el acceso a un antiguo refugio nuclear. Notaba cómo una brisa fresca llenaba sus pulmones. Era agradable, comparado con el aire caliente que había estado respirando durante las últimas horas.

Sus guardaespaldas se quedaron en la puerta mientras él continuaba avanzando. Doc repasaba mentalmente su presentación. Trataba de pensar en las respuestas que daría a las posibles preguntas que iban a hacerle.

Respiró hondo y entró en la sala donde ya había gente esperando. Los murmullos cesaron cuando notaron su presencia. Doc sonrió. Se sentía como el profesor que sorprendía a los alumnos haciendo una travesura.

Recorrió con paso lento la sala de reuniones mientras paseaba la vista entre los asistentes y los saludaba con un leve movimiento de cabeza. Se acercó a la mesa de los refrigerios, se tomó su

tiempo para elegir qué tomar y volvió a recorrer la sala con la mirada.

Todos comenzaron entonces a hacer comentarios entre ellos, mirándolo de vez en cuando de manera fugaz, criticando seguramente su actitud. Al cabo de unos minutos, se fueron sentando alrededor de la mesa de reuniones. Uno de ellos tomó la palabra.

— Como ya saben, estamos aquí para estudiar la última propuesta de nuestro científico más... controvertido — dijo a modo de introducción una de las personas que se había quedado de pie — . Al parecer, su nuevo proyecto ha levantado cierto interés entre los presentes, aunque también algunas dudas. Esperamos poder decidir en esta reunión qué debemos hacer al respecto.

»Le daré ahora la palabra para que haga una breve presentación — continuó, poniendo cierto énfasis en el adjetivo «breve» — , ya que todos hemos leído los documentos y estamos más interesados en pasar al turno de ruegos y preguntas.

Doc se puso en pie sonriendo como un zorro.

— Estimados colegas, tenemos ante nosotros la posibilidad de comprobar si nuestra sociedad está preparada para un nuevo resurgir zombi. Mediante mi experimento, basado en sus teorías y sus números — dijo Doc — , podremos saber con certeza si es cierto o no.

»No me cansaré de recalcar lo importante que es que los militares se queden al margen. Si quieren entrenarse, que se vayan a Cuba. No todas las ciudades del mundo cuentan con un destacamento militar para protegerles. Así que lo más realista sería no usar a los soldados y sus medios salvo para controlar en caso necesario la expansión de los no-muertos.

»Espero que depositen su confianza en mí para llevar a cabo dicho experimento y así podamos, una vez más, salvar a la raza humana de su extinción.

Todavía seguían sin tener claro para qué había servido su primer experimento, que acabó con una ciudad reducida a cenizas, con el mundo al borde de la destrucción y la humanidad a punto de extinguirse. Y, ahora, el científico loco quería repetirlo con toda una isla.

Uno de los asistentes se decidió a ser el primero en preguntar.

— ¿No cree que el gobierno del país al que pertenece la isla tendrá algo que decir?

Doc sonrió. Esa era una de las preguntas que esperaba.

— El nuevo presidente estará encantado de librarse de ella — respondió, comenzando a mostrar una serie de estadísticas en la pantalla —. Es un agujero sin fondo. La isla vivía única y exclusivamente del turismo y no se ha sabido adaptar a los nuevos tiempos. Le estamos haciendo un favor. Han gastado billones en tratar de mantenerla a flote. Y perdón por el chiste fácil.

— Pero esas cifras indican que su economía se está recuperando — intervino otro asistente —. Según he leído, han implantado una ley para convertir todos sus hoteles en refugios antizombis y proteger a los turistas. Además, incluso han montado un zoo de zombis.

— Vagos intentos — respondió Doc negando con la mano —. ¿Un zoológico de zombis? ¿Hoteles antizombis? Pues incluso les hacemos un favor. Así probaremos sus medidas. Si sobreviven, será publicidad gratuita para ellos. Y si no, pues... no habrán hecho bien su trabajo.

— Pero, aun así — dijo el primer asistente que había intervenido —, ¿seguro que el gobierno estará de acuerdo?

— El presidente comerá de la palma de nuestra mano — dijo Doc convencido —. Está deseando ser alguien en el teatro internacional. Y si para ello ha de vender una mísera isla, lo hará, no se preocupen.

Más de una frente se arrugó ante las frías palabras de Doc, como si no estuviera hablando de seres humanos.

— ¿Y qué conseguiremos con este nuevo experimento?

— Comprobar si los zombis han cambiado respecto a nuestros datos — respondió Doc mientras contaba histriónicamente con sus dedos —. Averiguar si la educación de la población ha sido la correcta o si, por el contrario, nos hemos dormido en los laureles; descubrir nuevas tácticas... Comprobar si las expectativas se han cumplido. Y, por qué no decirlo, verificar si alguno de sus medicamentos antizombis funciona.

Varios asistentes se miraron entre sí, confusos al ver la extraña sonrisa de Doc.

— Sí, ya saben: pastillas que hacen que la gente no se convierta en muerto viviente si es mordida, *spray* espanta-zombis, aparatos

eléctricos que los amansa o los mantiene alejados; drogas para liberarlos de su hambre de cerebros... Y mi favorito: el disfraz que te permite pasear entre ellos sin peligro. Gracias a este experimento podremos comprobar si alguno de estos productos funciona, aunque lo dudo.

Las caras de incredulidad entre los asistentes se multiplicaron. No se podía tomar en serio nada de lo que decía aquel loco. Estaban hablando de matar a centenares de personas, tal vez decenas de miles, y él no dejaba de bromear. ¿Cómo pudieron acabar asociados con semejante psicópata?

— Todo esto es por un bien superior — continuó hablando Doc —. Piensen en las vidas que se salvarán una vez obtengamos los resultados. Podremos saber si la educación de la sociedad ha sido adecuada o si debemos corregir algo.

La mayoría de los presentes se revolvieron nerviosos en sus asientos. Tomó la palabra el que había sido interlocutor por teléfono de Doc durante buena parte de las últimas dos décadas. El científico solo lo conocía como Charlie.

— Si aceptáramos su propuesta, ¿qué necesitaría?

Doc sonrió.

— Control total de los militares — comenzó a responder —, que la isla se convierta en espacio aéreo restringido y también que no entre ningún transporte marítimo en la zona. Digamos que en unas veinte millas. Un completo bloqueo de las comunicaciones, incluyendo Internet, telefonía móvil, televisión, radio... Acceso a los satélites para poder estudiar la isla al completo e impedir el acceso a los mismos a cualquier persona ajena al proyecto.

»Y que el proyecto se lleve a cabo en absoluto secreto.

— El secretismo es nuestra especialidad, Doctor — señaló Charlie —. Es usted el que va por ahí contando nuestros planes y hablando de nuestro grupo.

Doc se apartó el pelo con los dedos; donde debía estar su oreja tenía una horrible cicatriz.

— ¿Cree que no lo he pagado ya? — preguntó Doc —. Sus empleados de seguridad son unos inútiles, no logran acabar con una simple mujer. Y yo soy el que sufre las consecuencias de sus fracasos.

Charlie no pudo evitar sentir cierto regocijo al ver la cicatriz.

— Fue usted quien creó el monstruo, Doctor. Esa mujer es muy escurridiza. A lo largo de los años se ha encargado de neutralizar a todos los equipos que hemos enviado. Su deseo de venganza la impulsa hasta niveles sobrehumanos. Eso, sin duda, es algo extraordinario. Debería apreciarlo.

El científico emitió un bufido de desprecio.

— O tal vez sus equipos no ponen todo el empeño necesario en su trabajo.

Charlie se levantó de su asiento como movido por un resorte.

— ¡Hemos perdido decenas de empleados por culpa de esa mujer! — gritó enfurecido — . Más le vale no tensar la cuerda, Doctor, o le entregaremos su cabeza a la capitana Mara Grumpy.

Doc, aterrorizado por la amenaza, levantó los brazos en señal de rendición.

— Tranquilo, no hace falta ponerse así. Si le parece mejor, volvemos al tema principal y nos olvidamos de ese molesto insecto.

»Lo ideal sería que las autoridades locales no estuvieran informadas para dar mayor realismo al simulacro. Debemos evitar que los militares entren en acción para controlar la zona, de manera que nadie entre ni salga de la misma. También sería conveniente preparar una historia creíble que explique el fallo en las comunicaciones.

— Sinceramente, se está poniendo un poco pesado con los militares — señaló el conocido como Charlie — . Le hemos entendido el primer centenar de veces que nos lo ha dicho. Parece estar obsesionado con el tema...

Doc asintió, molesto por la interrupción.

— Podríamos aprovechar la flota norteamericana que patrulla el Mediterráneo para controlar los alrededores de la isla y dejar el portaviones cerca de la ciudad. Propondría usarlo como centro de mandos principal. La base militar que se encuentra en una de las montañas de la isla podría ser usada como centro avanzado; además, cuenta con la tecnología suficiente para oscurecer e interferir las señales de comunicación.

»Solo habría que reacondicionarla un poco, prepararla para un asedio y para el estudio de los zombis que vayan siendo creados,

así como de los heridos por mordedura. Debemos comprobar si los zombis han evolucionado o, por el contrario, están estancados en la fase que ya conocemos.

— Es un plan ambicioso. ¿Para cuándo propone llevarlo a cabo?

— He ido descartando fechas. El verano en la isla es mortal, por lo que los zombis sobrevivirían menos debido al calor, aunque en principio resultaba tentador por el incremento de turistas. Descarté la primavera y el otoño por la escasa población y por la irregularidad del clima. Semana Santa era una de las fechas que más me convencían, pero estoy seguro que a la Santa Sede y a los católicos aquí presentes no les gustaría que se interrumpieran las celebraciones.

— ¿Tiene una fecha o no? — preguntó impaciente Charlie ante los rodeos que estaba dando el científico.

— Navidades — respondió secamente Doc —. El invierno en la isla no es muy duro. Hay un aumento significativo de la población porque la gente regresa para pasar esos días con su familia; además, llegan más turistas buscando sol. La mejor fecha es, sin duda, la víspera de Reyes.

— ¿Perdón? — Charlie estaba confuso —. Decía que no proponía Semana Santa para no molestar a la Iglesia, ¿y ahora habla de la fiesta de Reyes?

— Pensé primero en Nochevieja — dijo sonriendo Doc —, pero luego la descarté porque el alcohol en sangre impediría tener un estudio general correcto. Y, seamos sinceros, Reyes es más casi una fiesta pagana que otra cosa. Debemos aprovechar la enorme concentración de gente en la cabalgata para ver cómo reacciona la masa.

Doc continuó con su explicación.

— El día de Reyes no es como las procesiones de Semana Santa. No hay pasos. No hay imágenes religiosas sagradas y antiguas. Y la gente sale más a la calle por esas fechas que en Semana Santa. El espíritu consumista, ya saben.

— ¿Es consciente que habrá miles de niños por las calles el día de la cabalgata? — preguntó uno de los presentes.

— Sí; niños, ancianos y mujeres — dijo Doc con tono cansino —. ¿Y qué quiere que haga? Como dicen en España, hay que romper huevos para hacer una tortilla. El experimento se ha de realizar

cubriendo todos los espectros de edades y sexos. Si algo ocurriera a los niños sería porque los padres no estaban preparados.

— ¿Y dónde estará usted, Doctor? — preguntó el tal Charlie.

— Seguramente en el portaviones, supervisando las operaciones — respondió Doc, molesto por la pregunta — . Supongo que, rodeado de militares, mi seguridad estará garantizada.

— Imagino que es consciente de que, si algo sale mal, prescindiremos de sus servicios — señaló Charlie con una sonrisa inquietante — y borraremos cualquier rastro de nuestra asociación.

Doc permaneció en silencio durante unos segundos, sopesando la amenaza.

— Si es su manera de informarme que hasta yo soy prescindible, me doy por enterado — respondió — . Ahora me gustaría comenzar con los preparativos de la operación, siempre que les parezca bien.

Los presentes se miraron. Finalmente, fueron asintiendo con la cabeza.

Doc sonrió victorioso y fijó sus ojos en Charlie, que seguía impasible la reunión sin ni siquiera haber votado. En ningún momento cruzó su mirada con el científico. Doc estaba seguro de que deseaba el fracaso de su proyecto, aunque eso significara un golpe para el grupo.

— Muy bien, comenzaré los preparativos e iré informándoles regularmente de los progresos de la operación a la que, por cierto, todavía no he puesto nombre. Tal vez quieran llamarla *Apocalipsis Island*. Ya saben, para hacerles un guiño a nuestros futuros amigos españoles.

Nadie en la sala pareció encontrar gracioso el comentario de Doc y simplemente se levantaron y comenzaron a formar grupos para intercambiar opiniones mientras ignoraban su marcha.

El científico se encaminó hacia la salida, acompañado de nuevo por sus guardaespaldas. Esperaba que no hiciera ese calor en su nuevo destino. Decían que Mallorca tenía buen tiempo en invierno. Habría que comprobarlo. Se rio de su propio chiste mientras caminaba por el pasillo y salía al exterior.

El grupo que continuaba reunido vio entrar a una nueva figura. Era conocido como Mike y fue directo a la cabecera de la mesa, sentándose donde antes había estado Charlie.

El resto de los presentes fue ocupando su lugar rápidamente y en silencio. Charlie se aclaró la garganta y se situó en la silla al lado de la cabecera.

— Con todos los respetos, no entiendo cómo podemos seguir tratando con ese sádico — dijo Charlie —. Solo ha traído problemas al grupo. Deberíamos meterle una bala en la cabeza o, mejor aún, abandonarlo en Sudamérica o en África con sus queridos zombis.

Mike sonrió. No era la primera vez que Charlie mostraba su malestar con Doc.

— Es un sádico, pero su cerebro es único — le respondió con voz tranquila y sosegada —. Ha proporcionado muchos avances al grupo. Por ahora nos da beneficios. Y mientras siga dándolos, continuaremos usándolo. Y ahora, si no le importa, comencemos con el informe.

Charlie no tenía cara de querer rendirse, pero decidió que no era el momento ni el lugar. Así que simplemente se levantó y comenzó a hablar.

— Actualmente, el número de zombis sigue sin poder ser calculado, pero se estima que deben de quedar unos cientos de millones, la mayoría en Sudamérica y África. El drástico descenso de la población se lo debemos a nuestros amigos soviéticos y a su uso indiscriminado de armas de neutrones. Calculamos que han reducido la población zombi en más de la mitad. Mil millones de zombis, aproximadamente, y todos en Asia. La zona bombardeada sigue siendo estudiada, aunque parece que la contaminación, al no ser radiación gamma, no se desplazará. Al menos, no por ahora. Según sabemos, los soviéticos no tienen la más mínima intención de repoblar esa zona a corto o medio plazo.

Mike lo interrumpió.

— Los soviéticos... ¿Cómo vamos con ellos?

Charlie suspiró.

— Muy lentamente. No confían en el capitalismo y menos después de lo que ha sucedido — comenzó a responder —. Estamos intentando demostrarles que nuestro fin no es económico.

Mike no pudo evitar sonreír ante tal falsedad.

— Supongo que habrá que tener paciencia con ellos. De todos modos, mientras no tengan planes de expansión más allá de sus fronteras actuales, no creo que tengamos que preocuparnos, ¿verdad?

Charlie negó con la cabeza.

— Están poniendo en orden sus nuevas repúblicas, encarcelando y fusilando a disidentes, y a sospechosos de serlo. Es su rutina habitual — dijo algo tenso Charlie —. Nos hemos centrado en tratar de salvar a gente importante para nuestros proyectos, según las instrucciones del grupo.

Los presentes asintieron con la cabeza. Era obvio que una oportunidad como esa no se presentaba todos los días. Al fin y al cabo los americanos se habían puesto al día en tecnología nuclear y de cohetes gracias a los científicos fugados de la Alemania nazi. Si los soviéticos no los querían, ellos los recibirían con los brazos abiertos; a ellos, a sus familias y a sus conocimientos.

Mike asintió complacido.

— ¿Qué sabemos de nuestros amigos los norteamericanos?

— El presidente Cheney está en el aire. Todos los norteamericanos van armados hasta los dientes, conduciendo vehículos todoterreno que gastan una cantidad prohibitiva de combustible. Y sus enemigos los comunistas, que vuelven a ser su Némesis (con lo que eso conlleva), y el gasto militar y la paranoia... Vamos, que no creo que cambien de partido.

— O sea, que encontraremos en él toda la cooperación que necesitamos — señaló Mike complacido —. Es bueno saberlo.

Luego Mike hizo una pausa.

— Pero me preocupa Japón. ¿Todavía no sabemos nada de ellos?

Charlie negó con la cabeza.

— Todos nuestros intentos han sido en vano. Los aviones y los barcos desaparecen como por arte de magia. De los submarinos no se vuelve a saber. Lo hemos intentado incluso con globos y dirigibles. Nada, todos desaparecen antes de poder comunicar qué está pasando. Y los satélites están ciegos. Lo hemos intentando en numerosas ocasiones, pero cada vez que tratamos de enfocar las islas solo obtenemos estática.

— Al menos eso significa que siguen vivos — dijo Mike —. Algo es algo. Aunque no poder contar con su tecnología es una pena.

Creo que estaremos todos de acuerdo en que debemos seguir tratando de ponernos en contacto con ellos.

Los presentes asintieron. Nadie sabía qué había pasado con Japón. Durante las primeras semanas, el caos en el planeta fue tan grande que ni siquiera el grupo pudo estar enterado de todo cuanto sucedía. Y de repente, cuando quisieron saber qué pasaba, no fue posible. Era un misterio. Al menos sabían que no tenían bombas atómicas. O eso esperaban.

Charlie continuó con su informe.

— Estamos teniendo problemas con el continente africano. Como ya sabrá, es el continente del que menos sabemos. Creemos que está en manos de los zombis, pero nuestros enviados mandan información confusa y luego desaparecen. Así que estamos centrando nuestros experimentos en Sudamérica y en la parte asiática que los rusos han dejado sin atacar. Los israelíes se están mostrando muy cooperativos. Claro que no tienen más remedio, están solos, rodeados de arena y de zombis.

»Después del fiasco en Gran Bretaña, los ingleses supervivientes emigraron a Australia, donde tras ser acogidos e involucrarse en la conservación de la isla, han proclamado Sidney la nueva capital del Imperio Británico. Siguen siendo unos excéntricos.

Los presentes soltaron unas risas al escuchar el comentario.

— Por cierto, cuando el grupo lo desee podemos comenzar a recuperar Cuba desde Guantánamo. Las instalaciones están intactas y los americanos no han tenido problemas para recuperarlas y limpiarlas de zombis, igual que las zonas cercanas.

Durante las siguientes horas el grupo siguió poniéndose al día y haciendo planes de futuro, pero Mike y Charlie se miraron varias veces en la reunión; aunque no lo aparentaban, había cierto recelo en el aire y rumores de que los miembros del grupo se estaban dividiendo en varias facciones internas. Ello podría desembocar en una guerra interna que acabaría afectando al mundo exterior.

Doc se recostó en el cómodo sillón del jet en el que viajaba. Era una de las muchas cosas positivas de pertenecer a esa organización. Aparte de tener un presupuesto casi infinito y todo tipo de recursos que ningún otro científico podría imaginar.

En esos momentos, y mientras esperaba a que el avión llegara a su destino, descansaba mirando una pantalla que había en la sala. Solía ver con cierta frecuencia las series de ciencia ficción norteamericanas. Por norma general eran patéticas, pero siempre dejaban caer alguna teoría interesante.

La serie que lo tenía entretenido en esos momentos era una sobre universos alternativos. Los protagonistas tenían que investigar unos de incidentes que se daban al parecer debido a una ruptura en el espacio-tiempo. Lo curioso era que mostraban una Tierra paralela totalmente irreal y sin sentido. Por un lado, decían que las Torres Gemelas habían sido derribadas por unos aviones pilotados por terroristas. Era ridículo. ¿Qué terrorista querría quitarse la vida? ¿Y derribar las Torres Gemelas con aviones? Por favor, se necesitaba algo más que eso para derribar esas inmensas moles de acero y cemento. Las había visitado varias veces y no creía que algo así fuera posible. Además, decían que los norteamericanos habían elegido a un presidente negro... Vale que pudiera darse la circunstancia de que eligieran a un presidente demócrata, pero ¿negro? Si era el país más racista que había conocido en toda su vida.

A pesar de la avalancha de inmigrantes (o de refugiados, como se llamaron a sí mismos) y el incremento de la población hispana, seguían tratando a todos los que no fueran *americanos de verdad* como ciudadanos de segunda. Y eso hacía que todo aquel que no fuera blanco lo tuviera difícil para prosperar más allá de sus guetos habituales.

Así que un presidente negro significaba llevar más allá de la ficción una idea. Menos mal que era simplemente el universo paralelo al que solo se hacía referencia de vez en cuando, porque, si no, habría dejado de ver la serie inmediatamente.

Mientras se ponía al día con el nuevo capítulo, se dedicó a hacer un repaso rápido a lo que debía hacer; ahora que ya tenía el visto bueno del grupo podía ponerse manos a la obra. Comenzaría a preparar las órdenes para que las instalaciones de la isla fueran acondicionadas, sin llamar la atención obviamente. También tocaba coordinar el traslado de personal y seleccionar quién estaría enterado de todo, quién de parte del proyecto y quién sería la cabeza de turco en caso de que algo saliera mal.

Lo que más le molestaba era que tendría que hacer algunas cosas en persona. Permanecer al descubierto le daría la oportunidad a Mara Grumpy de acabar con su vida. Debía pensar bien cuáles iban a ser sus salidas y preparar la protección adecuada.

Comenzó a hacer una lista de los primeros experimentos que debía realizar.

Obviamente, tenía que averiguar si la transformación tardaba tanto en completarse como antaño, si solo una mordedura convertía a la víctima; qué pasaba si te amputabas rápidamente el miembro mordido o si intercambiabas fluidos con los zombis (cosa complicada, dado que los no-muertos no tenían mucho líquido en sus cuerpos). Había demasiadas cosas que estudiar, y el proceso de conversión parecía estar evolucionando. Esto lo desconcertaba enormemente, pues parecía indicar que en el fondo podría existir alguna mutación en aquellas criaturas. Quién sabe si, a ese paso, acabaría habiendo bichos de aquellos con cierto grado de raciocinio.

Después comenzó a hacer una lista paralela de la que solo él tendría conocimiento. Había un par de cosas que deseaba probar y, seguramente, sus compañeros de viaje no lo autorizarían. Al parecer estaba bien poner una ciudad en peligro, pero no llevar a cabo ese tipo de experimentos.

¿Qué pasaría si uno comía carne de zombi o carne contaminada? Si los fluidos convertían, ¿qué sucedería si se juntaban esos fluidos con otro medio líquido? ¿Seguiría la conversión? Obviamente estaba el término intermedio, ¿qué pasaría si un líquido se contaminaba con carne zombi?

Eran preguntas que no tenían respuesta. Al menos, no todavía. Aun así, esperaba dar con ellas. Solo sería necesario un poco de sutileza y algo de paciencia. Sin embargo, debía planearlo todo cuidadosamente para que pareciera un accidente y no un experimento. Al fin y al cabo, la gente no era tonta. Bueno, no tan tonta.

Tenía claro que la base militar instalada en las montañas de Mallorca debía ser inexpugnable. Eso no sería un problema. Y seguramente podría pasar cierto tiempo ahí. Si esa instalación no era segura... Claro que un problema sería tal vez el transporte. Un coche estaba descartado. Un helicóptero podría ser derribado. Tres helicópteros idénticos, también, aunque sería más complicado. Lo

que sí tenía claro era que el portaviones parecía seguro. Rodeado de marines era imposible que esa endemoniada mujer pudiera colarse.

La cárcel, por otra parte, estaba a las afueras de la ciudad en un espacio abierto con múltiples rutas de escape. No, no pondría el pie en la cárcel, que lo hiciera otro. Además, ahí solo se llevarían a cabo experimentos de los que sus subordinados pudieran encargarse y que él simplemente supervisara desde la seguridad de su sala de mando.

Los presos, y eso era algo bueno, cumplirían con su pena con la sociedad. No le interesaba saber el motivo por el que estaban en la cárcel. Seguramente sería porque habían hecho algo malo. Así que utilizarlos para sus experimentos no le supondría un problema de conciencia. La duda era saber hasta dónde debía explicar a los carceleros y a los funcionarios de la prisión. Es probable que hubiera gente en contra de los experimentos; quizá debería colarse como si estuvieran investigando una cura contra los zombis. No era mala idea. Usar un ala para los experimentos del público. Encontrar a los guardias y funcionarios corruptos y comenzar a mover presos a esa ala tan especial. Al fin y al cabo, no conocía a nadie a quien no le gustara el dinero... Bueno, excepto a esa puta.

Los días se convirtieron en semanas y estas, en meses. Y rápidamente se fue acercando el final de 2009. Doc no paraba de dar órdenes desde un refugio secreto del que solo salía para revisar las obras en la base del Puig Major, como decían los nativos que se llamaba el pico en el que estaba situada la montaña.

La intervención de la Sexta Flota (o lo que quedaba de ella, dado que, tras unos misteriosos incidentes en la isla de Chipre, su dotación se había visto reducida considerablemente) había sido confirmada y se encontraba rumbo a Mallorca, como si simplemente fuera un descanso aprovechando las Navidades. Obviamente eso no extrañaría a nadie ya que la ciudad estaba acostumbrada a recibir portaviones extranjeros y otros barcos militares. Y con la crisis que estaba sufriendo la isla, los marineros serían bienvenidos sin que levantaran sospechas o se hicieran demasiadas preguntas.

Miró las nuevas cifras que le habían pasado. «Una lástima», pensó mientras las estudiaba. El turismo había vuelto a florecer, al menos tímidamente, y parecía que los hoteleros veían el final del túnel de su crisis particular. Eso era bueno, ya que cuanta más gente hubiera, más pánico se formaría y se podría estudiar mejor el comportamiento de la masa. Además, que no fueran naturales de la isla hacía todo más interesante. ¿Qué harían los turistas? ¿Cómo se comportaría la sociedad civil local?, ¿los ayudaría?, ¿los dejaría en manos de los zombis? Doc sonrió. Apostaba por lo último. Si algo sabía de la naturaleza humana era que en caso de peligro lo primero era ponerse uno mismo a salvo y luego... Bueno, luego ya se vería.

Los primeros experimentos en la prisión habían comenzado. Por ahora se trataba de los denominados «inofensivos», los que se hacían por el bien de la sociedad mientras se estudiaba cómo convertir a la mayor parte de los presos en zombis y dejarlos libres por la ciudad para que cundiera el pánico. Tal vez habría que aprovechar las salidas al patio.

Quedaba poco para que todas las piezas estuvieran posicionadas y dieran comienzo los experimentos de verdad. Todavía tendría que lidiar con el capitán del portaviones, al que seguramente no le gustaría demasiado tener a bordo a un científico como él y formar parte de tan indigno experimento. Por fortuna, gracias a su relación con el grupo y a sus colaboraciones a lo largo de los años con los norteamericanos, disponía de una graduación militar que le ayudaría con los posibles problemas de mando. No obstante, mientras le hubieran preparado las salas que necesitaba, no le importaba lo que pensara el capitán.

Ahora lo más importante era la base en la montaña. No podía haber fallos en su diseño. Muros altos, dobles o triples, alambre de espino, fosos, torres con francotiradores y ametralladoras pesadas... La zona principal de experimentación debía estar igualmente protegida y aislada, vigilada las veinticuatro horas del día, con focos iluminando de noche toda la zona. Lo último que deseaba era que los zombis camparan libremente por la base. Y lo más importante, revisiones diarias del personal para comprobar que no había mordeduras, arañazos o cualquier accidente insignificante sobre el que no valiera la pena informar.

Toda precaución era poca.

Unos días después Doc recibía un comunicado del grupo en el que le informaban de los últimos cambios y actualizaciones del proyecto. Sin embargo, por más que lo leyera, no podía creer lo que le habían enviado. Al parecer, su experimento se iba a convertir en una operación secreta conjunta del estado español, la OTAN y los americanos. Tendría que tratar con más de un militar y, encima, de diferentes nacionalidades. «¡Maldita sea!», pensó en medio de un ataque de incredulidad. Imbéciles, estaba rodeado de imbéciles incompetentes. Respiró hondo y trató de sopesar lo que eso implicaba.

Al menos, no tendría que relacionarse demasiado con el capitán del portaviones, ya que le había indicado que si necesitaba algo, se dirigiera a un tal Roberts, quien sería su enlace con el mando central.

Tal y como había solicitado, disponía de tres helicópteros idénticos que irían a la base y volverían siguiendo tres rutas de vuelo distintas, y siempre sin que los pilotos supieran de antemano qué ruta les tocaría. La base militar en el Puig Major ya estaba acabada y ahora solo quedaba que los militares se pusieran de acuerdo en quién asumiría el mando.

Los laboratorios, para su sorpresa, cumplían con todas sus expectativas. Podría controlarlo todo tanto desde la base militar como desde su sala, rodeado de marines en medio de la bahía, y sin ser molestado en ningún momento.

Al ir encendiendo las pantallas y los ordenadores, y escuchar el familiar zumbido de inicio, un escalofrío le recorrió la espalda. Volvía a estar en la cresta de la ola y sus deseos eran órdenes. Claro que ahora debía ofrecer resultados. Eso no sería un problema, aunque en el fondo era consciente de que tenía que competir con los estudios y descubrimientos de iniciativas privadas por un lado y gubernamentales por otro, dispuestas a estudiar también aquel fenómeno *resurrectivo*. Por desgracia para ellos, él no tenía que responder moralmente ante nadie si cualquier cosa se le iba de las manos.

Los experimentos en la cárcel habían ido dando sus frutos. Algunos incluso más sorprendentes de lo que esperaba. Sin embargo,

no era el momento de preocuparse de eso. Debía calibrar los instrumentos, comenzar a dar órdenes y preparar su propio calendario de actuación.

Durante los siguientes días, y mientras llegaban más militares a la base principal, iba recorriéndola de un punto a otro, familiarizándose con ella, dándose a conocer entre los soldados. Y de vez en cuando, saliendo al exterior. Pero con escolta, eso sí. No valía la pena correr peligro estando tan cerca el comienzo de la carrera.

En una de sus excursiones fuera de la base, descubrió algo que le sería de gran utilidad en el futuro, como si el destino le hubiera hecho un regalo inesperado. Cerca de la base había dos de los principales depósitos de agua de la isla; dos acuíferos, como los llamaban los técnicos. Eran depósitos naturales que iban recogiendo el agua de lluvia y la conservaban para que, posteriormente, los habitantes de la isla pudieran disfrutar de ella. Lo que no sabían es que en poco tiempo esa misma agua iniciaría una terrible pesadilla, una que él estaba impaciente por poner en marcha.

Doc asentía con la cabeza mientras el jefe de la base militar, un tal Piqueras, presumía de lo sólida que era la construcción, de las enormes medidas de seguridad que se habían tomado para que nadie supiera lo que allí sucedía, y de cómo le garantizaba su seguridad siempre que permaneciera en su interior.

Ciertamente, a lo largo de los meses la base había ido cambiando su fisonomía. Lo que antes era un edificio rodeado de una pobre alambrada se había convertido en una base militar de verdad. Soldados entrenándose, vehículos circulando, enormes pantallas desde las que se podía controlar la ciudad... Incluso había unas llamativas luces intermitentes cuya utilidad nadie conocía.

Asintió otra vez con la cabeza ante una nueva explicación del militar. Este le estaba mostrando las torretas con ametralladoras que habían dispuesto para vigilar el perímetro. Pensó que en realidad la base no era muy secreta, dado que cualquier excursionista podría verla desde la distancia. Aunque sabía que la gente de la isla no se metía con lo que hacían los militares, en parte por miedo, en parte por simple apatía. Doc comenzó a elucubrar entonces sobre si los isleños se habían convertido en una especie de no-vivos. Iban y

venían, sin embargo, no parecía que hubiera algo que les importara y vivían sus vidas con desgana... Lo cierto es que le daba igual. Ese no era su problema.

Parecía que el general ya había acabado su presentación. Mejor, ahora podría seguir con sus cosas y no estar asintiendo a todo como un idiota. Se despidió sin darle tiempo a nada más y desapareció dentro de uno de los edificios. Ya habían llegado las primeras unidades experimentales, algunos zombis capturados a saber dónde. Tampoco es que importara su procedencia mientras fueran funcionales.

Un par de soldados los vigilaban sin prestar demasiada atención a Doc, pues cada uno tenía su trabajo. Y eso era algo que el científico respetaba. Se sentó detrás de un monitor y comenzó a estudiar las cifras que le habían llegado de la prisión. Sonrió. Ya estaban preparados para comenzar la segunda fase del proyecto. Por fin había llegado el momento de poner en marcha su particular investigación. Se levantó y se dirigió a la pareja de soldados.

—Disculpen, veo que no han instalado ninguna incineradora. ¿Qué harán con los zombis cuando acabemos con ellos? —preguntó inocentemente.

Los soldados se miraron entre sí y se encogieron de hombros.

—Seguramente nos ordenarán enterrarlos o llevarlos a la incineradora local —respondió uno de los soldados.

—Espero que no sea incinerarlos —dijo el otro soldado—, la incineradora está en la otra punta de la isla y viajar con un camión repleto de cadáveres... Ya es malo que resuciten, pero la peste que dejan es terrible.

Doc volvió a sonreír.

—Siempre los podéis hundir en los embalses... ¿Quién iba a darse cuenta? —señaló.

—Pero ¿no contaminaremos el agua? —preguntó uno de los soldados alarmado.

—No —dijo Doc negando con la cabeza—. Esa agua se filtra y se limpia antes de acabar en los depósitos. ¿No creerán que la gente bebe directamente esa agua?

Los dos soldados se miraron durante un instante y luego negaron con la cabeza.

— Claro que lo sabíamos — respondieron casi al unísono.

— Por supuesto, por supuesto — dijo Doc sin darle importancia —. Pero es natural que se preocupen, eso les hace ser buenos soldados.

Ambos sonrieron ante el halago.

— Pero tampoco es cuestión de decírselo a sus superiores — dijo Doc en tono confidencial —. No lo entenderían. Lo único por lo que se preocupan es por el qué dirán y no por lo que cuesta hacer el trabajo. Al fin y al cabo no son ellos los que han de transportar a los zombis poniendo sus vidas en peligro.

Doc no dijo mucho más. Simplemente dejó pensativos a los soldados mientras devolvía su atención a los monitores.

La semilla había sido plantada. Se acercaba la fecha del comienzo oficial de la operación y realmente se sentía excitado por ello, como un niño pequeño en Navidades, nunca mejor dicho.

Las instalaciones del portaviones eran considerablemente mejores de lo que esperaba; sin embargo, el marinero Roberts no dejaba de seguirlo y mostrarse tan servicial como un perrito faldero. No había manera de deshacerse de él.

— Marinero Roberts — dijo Doc haciéndose el distraído —, no tengo claro que este barco cumpla con los requisitos necesarios para aportar la cantidad de energía que mis experimentos y mi equipo requieren.

Roberts se puso firme.

— Señor, le puedo asegurar que la energía que podemos generar está por encima de la que necesitan sus equipos.

Doc no parecía muy convencido.

Roberts comenzó a balancearse nervioso, cambiando el apoyo de su cuerpo del pie izquierdo al derecho y viceversa.

— Tenemos un par de generadores nucleares, señor. Le aseguro que podríamos iluminar sin problemas toda la isla si fuera necesario.

Doc puso cara de incredulidad.

— La verdad es que los generadores nucleares son mi pequeño *hobbie* — dijo Doc —. Así que, tal vez, si me muestra esos generadores, podría convencerme y no tendría que hablar con el capitán sobre mis dudas energéticas.

— Bueno... — dudó Roberts —. Supongo que no hay nada malo en ello. El capitán me ordenó facilitarle todo lo que necesitara. Así que un *tour* por la sala nuclear, como la llamamos por aquí, no creo que sea un problema. Por lo visto su autorización le permite hacer casi de todo a bordo.

CAPÍTULO 3

LOS PRIMEROS ZOMBIS

Unas semanas antes de la Noche de Reyes.

Mara Grumpy caminaba por las calles de Palma intentando pasar desapercibida. Su objetivo no era muy complicado, ya que estaban abarrotadas de gente haciendo las compras de última hora. No pudo evitar sentir cierta nostalgia. Se había visto obligada a celebrar las Navidades cada año con Xavier; sin embargo, eso no las convertía en unas fiestas alegres para ella, con el padre Xavier insistiendo en que debía abandonar su cruzada contra el maligno Doc, y tener fe en que respondería por sus crímenes ante de Dios el Día del Juicio Final.

A Mara le costaba mucho avanzar. No estaba acostumbrada a tal cantidad de gente caminando sin rumbo fijo, igual que una horda de zombis, aunque sin su voracidad. El único motivo por el que estaba ahí era tratar de arrancarle la vida al miserable de Doc, más escurridizo que una anguila. Su relación se había convertido en un juego del gato y el ratón sin saber ya quién era el cazador y quién era la presa. A lo largo de la última década había perdido la cuenta de las veces que casi había matado a Doc y de las veces en que ella casi había muerto a manos de sus esbirros. Aun así, ambos seguían vivos.

El padre Xavier avanzaba unos metros por delante de ella con un rumbo fijo pasando entre la gente. Parecía que esta se adaptara a su paso, sutilmente, como si lo rodeara un aura. Lo cierto es que inicialmente Mara no había planeado acompañar al sacerdote a la isla. Había otros más preparados que ella para protegerlo, pero le

había llegado el rumor de que Doc había reaparecido en aquella isla. Y lo que era peor, tenía un plan. Y si ese plan se parecía en algo a los anteriores que había llevado a cabo, nada bueno se podía esperar.

Así que ahí se encontraba, en medio de la gente, siguiendo a un sacerdote solo para llevar a cabo su venganza y, quién sabe, tal vez para salvar al mundo de los maléficos planes del diabólico científico. La eterna lucha entre el bien y el mal, como diría el cura.

El padre Xavier caminaba extasiado. Hacía tiempo que no se sentía tan lleno de esperanza. Ver a la gente pasear por las calles, a familias enteras riendo, era esperanzador. Y le recordaba por qué había escogido el camino más difícil. De vez en cuando miraba hacia atrás buscando a Mara, que a duras penas lo seguía. Parecía tener ciertas dificultades para caminar entre tanta gente. Era curioso lo de esta mujer; todavía no tenía claro qué la había impulsado a acompañarlo en este viaje de peregrinación.

Las calles del casco antiguo de la ciudad también estaban llenas de gente, pero lo que llamaba la atención al sacerdote era lo bien conservados que estaban los edificios. Llegó a la plaza de Cort, que estaba engalanándose para la llegada del nuevo año, como correspondía al lugar donde se ubicaba el ayuntamiento de la ciudad. También era uno de los sitios donde más presencia policial y militar había, y notó cómo Mara lo agarraba de un brazo y lo alejaba de la mirada de las autoridades, rodeando la plaza por su parte exterior.

El sacerdote no dijo nada y se dejó llevar, ya que había tenido desagradables experiencias con las autoridades anteriormente. Era lo peor de ser declarado terrorista y estar entre los más buscados por todas las agencias gubernamentales del planeta (exceptuando tal vez el KGB, aunque un sacerdote cristiano no fuera bien visto en la Unión Soviética).

Sus problemas con la Iglesia habían empezado cuando intentó contar la verdad, cómo la Santa Sede había querido aprovechar el fenómeno zombi con propósitos siniestros. Obviamente el papa lo había excomulgado, avisando a todas las iglesias, parroquias y centros cristianos para que, si aparecía, no le dieran asilo y llamaran de inmediato a las autoridades. Afortunadamente, algunos sacerdotes

habían averiguado la verdad, pues no todos los obispos obedecieron la orden de silencio dada por el camarlengo.

El movimiento clandestino cristiano había comenzado como en los primeros tiempos de la religión en la época romana: escondido y perseguido. ¿Qué más se necesitaba para demostrar que tenía razón?

Por supuesto, todo se llevaba en secreto. La Iglesia católica se había convertido en una fuerza política mundial sin precedentes, su influencia llegaba a todas las esferas y era imposible luchar contra ella de frente. Debían hacerlo con paciencia, erosionando su base, para con el tiempo hacer que cayera como el falso profeta con pies de barro en el que se había convertido. Tal vez llevara décadas, pero los cristianos habían aprendido a ser pacientes.

Ese secretismo había llevado a Xavier a tener que viajar por el mundo, organizando la resistencia de la verdadera fe. En uno de esos viajes le había llegado un mensaje del obispo de Mallorca, quien deseaba verle con cierta urgencia. El problema estaba en que el obispo no era precisamente uno de sus más fervientes seguidores, y había criticado duramente su nuevo movimiento y también su discurso. Pero, a pesar de todo, quería hablar con él. Por supuesto, tuvo que ser otra persona quien le indicara que podría tratarse de una trampa, por lo que se decidió que Mara lo acompañara a la isla.

El camino hasta la catedral, que distaba apenas doscientos metros desde la plaza del ayuntamiento, seguía estando lleno de gente. En esta zona era en su mayoría turistas que admiraban la arquitectura de los edificios haciendo infinidad de fotos o filmando con su cámara de última generación. El flujo de visitantes les ayudó a pasar desapercibidos.

Cuando estaban en la explanada de la catedral, un nuevo problema se les presentó: más militares. Al parecer justo enfrente de la catedral había una especie de museo del ejército, dado que había varios soldados guardando el edificio, así como un par de vehículos militares. Afortunadamente, los soldados estaban más preocupados por alejar a los turistas del edificio que por vigilar quién pasaba por la zona.

Xavier se quedó sin aliento al ver la catedral. Había estado en innumerables catedrales, pero esta parecía tener algo especial. Era

lo primero que veía la mayoría de los visitantes que llegaban a la ciudad por tierra, mar o aire, gracias a su situación, desde la que dominaba la bahía de Palma y parecía vigilar la isla como un enorme guardián de piedra durmiente. Podía ver incluso el castillo de Bellver, que estaba al otro lado de la bahía sobre una colina, desde la que también se divisaba toda la ciudad. A lo lejos, un gigantesco portaviones anclado en la bahía, alejado de la costa, era lo único que rompía tan espectacular imagen de paz y sosiego.

Xavier volvió a mirar a Mara, que parecía nerviosa. Se acercó a ella.

— Voy a entrar en la catedral. Es donde he quedado con el obispo a solas.

Mara negó con la cabeza, claramente molesta ante la fe de su acompañante.

— Ese sitio es una enorme ratonera de piedra — dijo señalando la catedral —. No seas imprudente.

Xavier negó con la cabeza.

— Es suelo sagrado, territorio neutral y protegido — comentó Xavier —. Y dudo que el obispo quiera romper esa tradición.

Mara miró otra vez el enorme edificio y se encogió de hombros.

— Es tu vida Xavier — dijo finalmente —. Mientras no pongas en peligro la de los demás..., tú verás lo que quieres hacer con ella.

Xavier sonrió.

— Aprovecha para dar una vuelta por la zona. Seguro que encuentras algo que te guste. Cuando acabe me pondré en contacto contigo.

Mara asintió y siguió con la mirada a Xavier mientras este entraba en la catedral acompañado de un numeroso grupo de turistas y un par de personas que se encargarían de vigilar al sacerdote discretamente. Si el cura se creía seguro en suelo sagrado, era mejor no quitarle la fe y ayudar a Dios con su tarea de protección.

Xavier respiró hondo. No era tonto. Entendía que Mara no comprendiera cómo podía poner tanta confianza en otra persona. Pero así era su religión. La fe no podía explicarse. Existían dentro de la Iglesia los llamados dogmas de fe, en los que solo se podía creer y no demostrar. Y, aunque él buscaba explicaciones científicas, o más bien acercar religión y ciencia, no negaba que había cosas que por

el motivo que fuera no se podían explicar. Y por eso había puesto su vida en manos del obispo de Mallorca, porque creía que no sería capaz de hacerle nada dentro de terreno sagrado. Otra cosa sería cuando pusiera un pie fuera de la catedral. Aunque no era cuestión de preocuparse por eso ahora.

Se separó del grupo de turistas y caminó lentamente hasta el altar central. A lo largo de su camino pudo observar los lienzos, las tallas y los ornamentos. Toda la catedral se había engalanado en vísperas de la celebración del nacimiento de Cristo. Y brillaba con luz propia.

Se acercó al altar y no pudo evitar sorprenderse al ver el baldaquino. Una enorme construcción que, normalmente, servía de techo al altar y que se encontraba sujeto por varias columnas que lo rodeaban. Pero este parecía flotar en el aire como por arte de magia. No había columnas que lo sostuvieran.

— Fue uno de los geniales diseños de Gaudí — dijo una voz desde detrás de él — . Es un milagro que se aguante en el aire. Supongo que el mejor lugar para algo así es este.

Xavier se giró para identificar la voz que le estaba hablando. A su lado se había situado el obispo, iba de paisano como él, aunque llevaba el alzacuello. Sonreía.

Xavier se sorprendió al observar al obispo vestido de esa manera. Cuando reaccionó ante su presencia, lo primero que hizo automáticamente fue buscar con la mirada el anillo para besarlo, pero al hacer el gesto el otro sacerdote lo detuvo.

— Se supone que si voy vestido así es para pasar desapercibido — dijo el obispo mientras miraba a su alrededor esperando que nadie se hubiera dado cuenta de la escena — . Como comprenderá, no sería adecuado que el obispo de Mallorca fuera visto en compañía de un rebelde.

El padre Xavier asintió. Entendía el concepto del anonimato mejor que nadie, y no solo por sus últimos años fuera de la ley; en su juventud ya se había visto obligado a desaparecer y a vigilar sus espaldas.

— Veo que ha venido solo — dijo el obispo mirando a su alrededor de nuevo, buscando algún elemento sospechoso — . Lo cierto es que es hay algo que me sorprende. No esperaba que fuera tan

inocente; y menos desde que la Iglesia no respeta el suelo sagrado.

Xavier se irguió incómodo. El obispo, viendo su cambio de actitud, sonrió amablemente.

— Tranquilo. Si lo quisiera muerto o encarcelado, no estaríamos teniendo esta conversación.

Luego bajó la cabeza.

— Corren tiempos difíciles para todos — dijo finalmente, alzando los ojos de nuevo y posándolos sobre Xavier. Vio que un grupo de turistas se acercaba y abrió un libro que llevaba consigo.

»Como ya le he dicho, el baldaquino es una especie de milagro y tiene una historia curiosa — comentó mientras seguía con la mirada a los visitantes —. En realidad solo es un boceto realizado con cartón, madera, corcho y cordeles. El definitivo nunca se llegó a construir por problemas económicos. Este modelo tuvo que ser presentado en su lugar a la espera de la construcción del otro; sin embargo, se encontraron con el problema de que era demasiado pesado. Gaudí se rindió después de la octava prueba y se fue a dormir, pero su ayudante no lo hizo, y durante la noche pidió ayuda a unos amigos que disponían de un cable lo suficientemente fuerte... Y el resto es historia. Desde 1912 se mantiene ahí colgando, aunque no se sabe cómo.

El grupo de turistas se alejó después de fotografiar el curioso artefacto.

— ¿De qué quería hablar conmigo? — preguntó el padre Xavier, yendo al grano —. Ya sabe que el papa en persona me excomulgó.

— Creo recordar a alguien diciendo que solo Dios tiene la autoridad moral para excomulgarle — le recordó el obispo sonriendo levemente —. Y no niego que yo era una de las personas que creía en la información que la Iglesia había divulgado sobre usted. Al fin y al cabo, como entenderá, no tenía motivos para dudar de ella.

El padre Xavier asintió. La mayoría de los religiosos católicos no tenían motivos para dudar de la veracidad de las acusaciones eclesiásticas, ¿por qué iban a tenerlos? Eran los representantes de Dios.

— Bueno, como le decía — siguió el obispo —, yo era de los creyentes hasta hace relativamente poco. Como ya sabrá, el obispo de esta diócesis murió y yo fui su sustituto. En su lecho de muerte pidió el sacramento de la extremaunción y se confesó por última vez conmigo.

Xavier abrió los ojos imaginando lo que eso implicaba.

— Como puede suponer — continuó hablando el obispo —, no le revelaré lo que me contó mi antecesor; baste decir que mi opinión cambió mucho. Y decidí que tal vez yo también debía dar un paso al frente de forma anónima y tratar de ser más prolífico.

El sacerdote asintió sin querer interrumpir a su colega.

— Por supuesto, no puedo revelar lo que sé por motivos obvios — le explicó el obispo refiriéndose al secreto de confesión —, pero creo que podremos encontrar algún modo de ayudarnos. Este asunto de los zombis nos ha afectado a todos, incluyendo a los representantes de Dios en la Tierra. Algunos piensan que es una señal del Apocalipsis y que los zombis son enviados que traen el mensaje divino de la destrucción.

Xavier torció el gesto. Había visto en acción a los extremistas católicos que mataban en nombre de Dios y defendían la idea de que los no-muertos en realidad eran ángeles. Utilizaban a los zombis para matar a la gente y ayudarla en los momentos finales de la humanidad a conseguir la salvación eterna.

— Lo único que le puedo garantizar es un refugio, aunque no sea muy seguro — se disculpó el obispo —, e información que le será de utilidad. Quién sabe, a lo mejor usted desde fuera y yo desde dentro, logremos recuperar la verdadera esencia de la Iglesia y acabar con esta locura.

— Monseñor, su apoyo es... un rayo de luz — dijo sinceramente Xavier —. La verdad es que esta lucha está siendo muy dura. Ver las injusticias que se están cometiendo en nombre de Dios me hace hervir la sangre... La mayor parte del tiempo me siento impotente.

— Podría ser peor — dijo el obispo —. Podría estar detrás del telón de acero.

El padre Xavier se removió nervioso ante el comentario. Los rumores que llegaban de los países del Este no eran nada buenos. Los comunistas no defendían la religión católica, al contrario, los practicantes de cualquier religión que no fuera la ortodoxa eran perseguidos y solían desaparecer sin dejar rastro, salvo que se utilizaran como ejemplo. Las imágenes que había visto eran atroces. Ni los zombis resultaban tan crueles. Claro que los zombis tampoco eran demasiado creativos.

Otro grupo de turistas se acercaba y el obispo Pons comenzó a hablarle de nuevo de la historia de la catedral.

— Gaudí también se encargó de varios vitrales, así como del rosetón del ábside de la capilla mayor y de los dos primeros que lo rodean. El rosetón principal mide once metros y medio de diámetro y está formado por casi mil trescientos cristales que dibujan la estrella de David. Por cierto, es el mayor rosetón que existe en el mundo.

Eso último lo dijo con orgullo.

— Bueno, del estilo gótico — aclaró sin darle importancia al detalle —. Además, el rosetón es mágico; dos veces al año dibuja su figura en la fachada de enfrente justo debajo del otro rosetón, de manera que llegan a formar un ocho y podemos disfrutar de dos rosetones, uno de cristal y otro de luz. Es algo que nunca me cansaré de ver, si le digo la verdad.

Xavier no entendía a qué se refería exactamente.

— ¿Qué tiene de extraño que pase la luz por un rosetón? — preguntó.

El obispo sonrió.

— Ahora mismo, usted solo ve luz — dijo señalando los rayos que entraban por el rosetón y que iluminaban casi toda la nave de la catedral —, pero dos veces al año, el rosetón se proyecta a sí mismo. Se dibuja en la otra fachada.

Señaló el rosetón más pequeño que tenían en frente.

— Casi se podría decir que se traslada debajo de su hermano pequeño. Lo cierto es que es difícil de explicar, si lo viera lo entendería... — dijo sonriendo.

Xavier siguió con la mirada al grupo de turistas que se alejaba.

— La verdad es que aprecio sus lecciones de historia — dijo el sacerdote con algo de ironía en su tono de voz —, aunque aprecio más su apoyo a la causa. Si hay algo que pueda hacer, solo tiene que pedírmelo.

El obispo sonrió amablemente.

— Bueno..., ahora que lo dice... Me han llegado ciertos rumores de que en la cárcel... Bueno..., al parecer se están realizando experimentos impuros.

El padre Xavier no podía creer las palabras que salían de la boca del obispo. La Iglesia era claramente contraria a ciertos avances científicos, pero usar el término impuro...

— ¿A qué se refiere exactamente? — preguntó.

— No a lo que usted piensa — dijo el obispo —. Al parecer están usando a los convictos como ratas de laboratorio... Y a los zombis. Los sacerdotes encargados de visitar a los presos han visto y escuchado cosas alarmantes, pero nadie quiere reconocerlo; cada vez que trato de averiguar algo me encuentro con un muro... Y ya me han avisado sutilmente de que mejor deje de hacer preguntas.

Xavier observó el bello rosetón. La naturaleza humana era así de cruel. Había personas que cometían auténticas barbaridades en nombre de la ciencia, claro que ellos tampoco estaban libres de pecado.

— Tal vez pueda averiguar algo sobre el tema — dijo Xavier finalmente —, pero no espere que, si son ciertas sus sospechas, el tema salga a la luz. Los medios de comunicación están también muy vigilados.

— Si podemos parar lo que sea que esté pasando... — respondió el obispo, dejando la frase sin acabar.

El padre Xavier asintió pensativo. No esperaba que la reunión hubiera transcurrido por aquellos cauces.

— Creo que será mejor que nos despedamos — dijo el padre Xavier, tendiéndole su mano al obispo —. Si consigo averiguar algo más, trataré de informarle, aunque supongo que a partir de ahora comunicarme con usted no será tan sencillo.

El obispo sonrió y le dio una tarjeta.

— Si necesita comunicarse conmigo, puede hacerlo llamando a este número. La Iglesia no es contraria al uso de los móviles.

El padre Xavier cogió rápidamente la tarjeta y se la guardó en un bolsillo.

— ¿Qué habría pasado si esto hubiera sido una trampa? — preguntó el obispo antes de dejar ir al sacerdote.

— Me temo que esta hermosa catedral habría tenido el plomo como nuevo componente decorativo — dijo, dándose una leve palpada en la espalda.

Mara se fundió con uno de los numerosos grupos de turistas que había alrededor de la catedral y pasó entre ellos para esquivar a los soldados que se encontraban vigilando la zona. Con cuidado bajó

las escaleras que unían la catedral con lo que quedaba de la muralla exterior de la ciudad; desde allí se podía ver el mar y el parque que había debajo.

Caminó unos metros hacia la derecha y encontró otro parque en el que había varios niños disfrutando del sol y de los columpios. Miró a su alrededor. Los padres vigilaban a sus hijos desde los bancos. Se acercó lentamente a uno y se sentó.

— ¿Hijos tuyos? — preguntó Mara a la persona que había a su lado.

— Por supuesto que no — respondió Gerald, negando firmemente con la cabeza —. Nunca le haría eso a una pobre criatura. Traerla a este mundo y que encima tuviera que tenerme como padre. No, no, no. No podría ser tan cruel.

— No estarás aquí... mirando niños... — comentó alarmada.

Gerald suspiró, señalando a un par de niños.

— Sobrinos — dijo con cierto orgullo —. No se parecen en nada a sus padres. Son listos, despiertos y no me odian.

— ¿Y sus padres? — preguntó Mara con curiosidad —. ¿Saben ellos que son sobrinos tuyos y sus padres que los tienes tú?

— Por supuesto — respondió Gerald, indignado por el tono del interrogatorio —. A veces tienes unas ideas muy enfermizas. Están pasando las vacaciones de Navidad conmigo mientras sus padres disfrutan de unos días de descanso... sin ellos. Es triste, pero bueno. Al final estamos todos felices, así que...

— Nunca creí que te gustaran los críos... Aparte de al horno, claro — dijo Mara sonriendo.

— Hoy estamos graciosillos... — se quejó Gerald —. ¿Qué haces por aquí? ¿Has decidido rendirte al nuevo régimen y pedir perdón por tus pecados?

— Por supuesto — respondió Mara —, y he decidido acabar mis días recluyéndome en un convento. Dejémonos de tonterías. Tú me llamaste y yo he acudido arriesgando mi vida. Dijiste que un conocido mutuo estaba por la isla.

— Así es — respondió Gerald —. Lo dije. Y lo mantengo. No me lo he encontrado, pero he obtenido cierta información que apunta a que está al cargo de un nuevo proyecto. Algo gordo.

— ¿Y te parece que estando ese loco por medio es seguro traer a tus sobrinos aquí? — preguntó Mara.

Gerald sonrió.

— Nunca los pondría en peligro — respondió, señalando a varios individuos que estaban por la zona — . La mejor seguridad del hotel. Además, estoy yo. ¿Qué podría suceder?

Mara estudió a los tipos que Gerald había señalado. Se había fijado en ellos al llegar. No se ocultaban. La mayoría del personal de seguridad de los hoteles solía venir del sector de la seguridad privada y carecía del entrenamiento adecuado. Pero esta gente sabía lo que hacía. No dejaban ningún punto ciego y cubrían todo el perímetro; su mirada estaba siempre en cualquier lugar menos en sus protegidos. Buscando el peligro. Realmente eran profesionales.

— Bueno, al grano — dijo Mara finalmente — . ¿Qué tienes para mí?

— Rumores — respondió Gerald — . El doctor está aprendiendo a cubrir sus huellas y cada vez es más complicado seguirlo, pero si sabes cómo y dónde buscar... Su organización no se toma tantas molestias, y como ha de informarles...

— Sí, lo sé, eres genial, fantástico, no sé qué haríamos sin ti — dijo impaciente Mara.

— En realidad es cierto, no te creas que ese submarino fue sencillo de conseguir — respondió algo picado Gerald — . Y ya no hablemos de su coste.

— Te construiría una estatua — respondió Mara — , pero no hay material en el mundo que te haga justicia.

— Eso está mejor — afirmó Gerald — . Bueno, como te decía, el doctor ha obtenido permiso para seguir con sus experimentos en la isla. Lo que sea que está preparando ocurrirá en breve, como más tarde a primeros de año. No sé de qué se trata. Pero lo está supervisando él personalmente, así que está en la isla. Y, antes de que digas nada, no hay manera de saber dónde. Creo que tiene su puesto de mando ahí.

Señaló el portaviones que estaba atracado en la bahía.

— Pero alguna vez saldrá de ese lugar — dijo Mara, usando la mano como visera para observar la ciudad flotante — , aunque solo sea para asegurarse de que todo va bien.

— No sabría decirte — dijo Gerald, que no quitaba la vista de sus sobrinos — . Lo más misterioso es que cuando un helicóptero despegue del portaviones, otros dos idénticos lo acompañan. Si nuestro amigo

se ha vuelto paranoico, seguro que va en uno de ellos y los otros dos son señuelos... Pero no hay manera de saber en cuál va. Salvo que uses una bola de cristal.

Mara continuaba estudiando con cierto interés la nave.

— Y no — continuó Gerald —, no pienses en volar por los aires los tres helicópteros; supongo que tendrán contramedidas y, además, suelen usar un plan de vuelo que hace que si son derribados, pongan en peligro vidas civiles. Muchas vidas civiles.

Mara iba a responder algo, pero fue entonces cuando aparecieron los problemas.

Al principio no le habían llamado la atención los turistas que estaban subiendo por las escaleras de piedra que comunicaban el nivel superior de la muralla con el inferior, pero cuando pudo observarlos más detenidamente, se fijó en que tenían la ropa hecha trizas, les faltaban trozos de carne y estaban completamente mojados.

El instinto de Mara se puso en marcha y en un abrir y cerrar de ojos estaba de pie con la pistola en la mano, apuntando a los zombis que todavía se encontraban a una distancia segura. Cuando fue a apretar el gatillo, una mano le bajó el arma. Era Gerald, que había tardado más en reaccionar, pero ahora estaba de pie a su lado.

— ¡¿Qué estás haciendo?! — exclamó alarmado, con su mano en el cañón del arma —. Podrían ser personas disfrazadas.

— ¿Personas disfrazadas? — preguntó incrédula Mara, señalando con la mano libre al grupo que se aproximaba lentamente —. ¿Qué tipo de loco haría eso? Pero si están más muertos que... mi sentido del humor. Por Dios, Gerald, cualquiera diría que nunca has visto uno de esos.

— Hoy en día el maquillaje hace milagros — señaló Gerald, intentando convencerse a sí mismo —, y hay gente que encuentra estas cosas graciosas... Creo que lo llaman el subidón zombi o algo así.

— ¿Te parece bien si primero les disparo en el hombro? — preguntó Mara impaciente, viendo cómo los zombis se acercaban —. Como disparo de advertencia y para darles el subidón de su vida.

Mara alzó el arma, pero antes de que pudiera apretar el gatillo escuchó un disparo procedente de uno de los miembros del equipo de seguridad que acompañaba al informático y a sus sobrinos.

Al parecer había tenido las mismas dudas que Gerald y su dis-

paro impactó en el hombro de uno de los posibles no-muertos sin que la víctima pareciera reaccionar. Mara se permitió mirar un segundo a Gerald para comunicarle con un gesto que ya se lo había dicho.

Entre el primer disparo y los siguientes apenas transcurrió tiempo, como suele ocurrir cuando un grupo no muy numeroso de zombis se enfrenta a personal entrenado y con experiencia. Dispararon con pulso firme y puntería, acabando con ellos rápidamente.

Los otros miembros del equipo seguían vigilando los puntos ciegos, confiando en que sus compañeros pudieran acabar con la amenaza.

Una decena de disparos después, los cadáveres que habían subido por las escaleras estaban tirados sobre el suelo y sin vida.

Aunque la gente pudiera pensar lo contrario al verla en acción, a Mara no le producía ningún placer matar, ya fuera a gente viva o a cadáveres deambulantes. Pero tras pasar tantos años con Xavier, había entendido su filosofía respecto a aquellas cosas. Aquellos no-muertos no habían pedido volver a la vida, y mucho menos extender la muerte a su paso. A diferencia del sacerdote, ella no creía estar haciendo la labor de Dios en la Tierra, pero sí pensaba que les estaba haciendo un gran favor acabando definitivamente con ellos. Y si los que intentaban matarla estaban vivos, peor para ellos. Tenía planes y no tenía prisa por morir.

Unos minutos después, la gente que estaba en el parque comenzó a llamar a las autoridades para denunciar el asalto zombi, aunque hubo alguno que también llamó a los medios de comunicación. Mientras tanto, los niños seguían jugando, ajenos a lo que había ocurrido a su alrededor. Mara no pudo evitar sentir cierta envidia; los niños solo habían conocido un mundo con zombis y armas, por lo que para ellos era algo normal su existencia.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada del ejército. Una patrulla se acercaba por las escaleras. Rápidamente escondió su arma para no tener que responder a incómodas preguntas.

Un capitán muy joven comenzó a dar órdenes a los soldados que lo acompañaban. Debían asegurar la zona y constatar que no hubiera más de esas cosas en los alrededores, cerciorarse de que no

quedaba rastro de movimiento y deshacerse de los cuerpos según el protocolo.

Mientras los soldados cumplían las órdenes, el capitán fue saludando uno por uno a todos los padres presentes hasta que llegó a la altura de Mara y Gerald.

— Soy el capitán Torres — se presentó cuadrándose —, para servirles a ustedes, a la patria y a Dios.

Gerald miró a Mara asustado, sin saber qué decir o qué hacer, pero ella le pasó rápidamente el brazo por la cintura y empezó a hablar.

— Capitán, gracias a Dios que han llegado — dijo Mara con una voz muy femenina y poco habitual —. Esos zombis han estado a punto de matarnos. Pero ahora que el ejército ha llegado, podemos considerar que estamos a salvo.

El capitán sonrió amablemente.

— No tiene de qué preocuparse — le dijo sacando pecho y sin dejar de sonreír —. Estos bichos parecen peligrosos, pero en realidad son muy torpes. No han corrido ningún peligro. Según parece, ha sido un accidente. La marea de vez en cuando nos juega alguna mala pasada.

Mara asentía con la cabeza.

— El lago que hay ahí en medio — dijo señalando una zona de agua que había justo debajo de la muralla — contiene agua marina, y para que el agua no se estanque tenemos varios canales que hacen que se comuniquen con el mar al otro lado de la autopista. Y de vez en cuando la marea trae cadáveres y estos o suben por el rompeolas y son atropellados por los coches que circulan a gran velocidad, provocando aparatosos accidentes, o se cuelan por las tuberías. Normalmente los filtros los retienen y, cuando los revisamos, nos encargamos de ellos. Pero de vez en cuando los filtros no resisten y los muy desgraciados se cuelan...

— Bueno, afortunadamente no ha pasado nada — dijo Mara, mostrando un falso alivio en su rostro —, gracias a sus valientes soldados.

— Supongo que esas personas — dijo el capitán señalando al personal de seguridad — nos han hecho un favor.

Mara hizo una señal como si no tuviera importancia.

— Oh, bueno, eso fue mi querido maridito — dijo Mara mientras le cogía una mejilla a Gerald —, que es muy miedoso e insistió en que nos acompañaran. ¿No es cierto G?

Gerald, aún aturdido, asintió con la cabeza.

— Todo lo que sea por mi cariñito — dijo Mara, estirando de nuevo la mejilla del informático — y mis queridos retoños.

Mara señaló a los sobrinos de Gerald y los saludó con la mano. Ellos sonrieron y le devolvieron el saludo.

El capitán asintió.

— Si me disculpa, debo supervisar que las tareas sean llevadas a cabo según las ordenanzas. Espero que disfruten de su estancia en la isla y no piensen mal de nosotros por este pequeño e insignificante incidente.

— No se preocupe, capitán — dijo Mara —. Los accidentes ocurren, y este es el mundo en el que nos ha tocado vivir. Pero gracias a valientes como usted, podemos estar más seguros.

El capitán volvió a cuadrarse y los dejó para ver qué estaban haciendo sus hombres.

Los sobrinos de Gerald, que habían estado observando la escena, al ver irse al capitán llegaron corriendo a la altura de la pareja, justo en el momento en el que Gerald recuperaba la voz.

— ¿Cariñito? — Gerald estaba indignado.

Mara observó que los sobrinos se habían acercado y estaban estudiándola con detenimiento.

— ¡¿Sucedre algo con mi cara?! — exclamó Mara.

Ante aquella pregunta, los niños retrocedieron un paso y luego se giraron para mirar con sorpresa a su tío.

— ¿Es ella, tío G? — preguntó uno de ellos.

Gerald parecía incómodo, así que guardó silencio. Mara no tenía claro lo que estaba pasando; sin embargo, había algo que no le gustaba... Se acercó a los sobrinos.

— ¿Quién se supone que debo ser? — preguntó con falsa amabilidad.

— La asesina... — respondió tímidamente el otro sobrino.

— La cazadora de zombis — añadió el primero —. La que salvará el mundo, como cuenta la leyenda.

Mara miró con cierto disgusto a Gerald sin acabar de entender a qué se estaban refiriendo. Pero fuera lo que fuera, que la llamaran tan alegremente asesina no era algo que le gustara demasiado.

— Tío Gerald nos contó que en cada generación nace una mujer con habilidades superiores — continuó uno de los sobrinos — que debe ser entrenada para poder combatir el mal que invade el mundo, a pesar de ser odiada y perseguida. Y que para triunfar sobre el mal necesita a un vigilante, alguien que la entrena y la guía en los momentos más difíciles.

El enfado de Mara era visible. ¿En qué estaba pensando Gerald al contar semejantes tonterías a sus sobrinos? ¿Quién se pensaba que era?

— Un segundo — dijo Mara en voz alta — . Vuestro tío se supone que es... mi vigilante, la persona que me ha entrenado y preparado para ser la asesina.

Los sobrinos asintieron.

— Tío Gerald nos contó que te encontró vagando sin memoria — comentó uno de los niños — y que reconoció enseguida tu potencial. Te entrenó en todas las artes para combatir a los zombis y te dio un propósito en la vida. Incluso con el tiempo consiguió que recuperaras la memoria.

Mara miraba indignada a Gerald, que se limitaba a sonreír tímidamente.

— Así que le debo todo a vuestro tío — dijo Mara, dudando entre dispararle o ahorrar la bala y tirarlo muralla abajo, por si todavía quedaba algún zombi.

— Sí — respondió uno de los sobrinos — , aunque parece que te has oxidado. Se notaba que ese grupo era de zombis. Tenían media cara comida por los peces. Has tardado demasiado y, además, ¿por qué diste un disparo de aviso?

Mara se mordió la lengua mientras trataba de calmarse buscando en su mente algo que redujera su enfado.

— Aunque cuando te has puesto a disparar en serio, lo has hecho muy bien — dijo otro de los niños mientras todos asentían con la cabeza — , así que supongo que no estás tan mal.

Los soldados iban bajando los cadáveres por las escaleras. Mara los seguía con la mirada, tratando de prestar la menor atención posible a los sobrinos de Gerald. Si seguían hablando...

— Bueno, chicos — dijo Gerald, interviniendo finalmente —, será mejor que vayamos poniéndonos en marcha; seguro que Mara tiene muchas cosas que hacer.

Mientras los niños recogían sus mochilas, Mara volvió a mirar fijamente a Gerald.

— ¿Cuánto tiempo más estarás por aquí? — preguntó, resistiendo la tentación de estrangularlo allí mismo.

— Unas dos semanas — respondió Gerald dudando —. Mínimo hasta Reyes, y tal vez un par de días más para que disfruten de sus regalos. Luego supongo que se los devolveré a sus padres.

— Conoces los antecedentes de Doc — señaló Mara —. No es seguro tener a tus sobrinos en esta isla.

Gerald suspiró. Sabía que Mara tenía razón.

— Sea lo que sea lo que haya planeado Doc — dijo finalmente Gerald —, tengo preparados varios planes de evasión. No pasa nada en esta isla sin que yo esté enterado. A la menor señal de problemas, mis sobrinos estarán en el aire a bordo de mi jet, sanos y salvos.

— Confías mucho en poder llegar hasta el aeropuerto — señaló Mara mirando al cielo.

— Si no es posible, entonces hay un yate atracado prácticamente enfrente del hotel — dijo sonriendo Gerald —, con un helicóptero a bordo, por si acaso. Y si todo falla...

— Siempre te queda el submarino — añadió Mara —. Parece que lo tienes todo previsto. Claro que ya sabes lo que suele ocurrir con los planes.

— ¿Que siempre salen bien? — preguntó Gerald irónicamente —. Da igual el plan que Doc ande preparando; mis sobrinos estarán lejos cuando lo lleve a cabo.

CAPÍTULO 4

EL REGRESO DE LOS MUERTOS VIVIENTES

El comisario Montejano miró una vez más el fax. Seguramente también habría llegado a su *email*, pero se congelaría el infierno antes de que él aprendiera a usar el maldito correo electrónico. Normalmente era su ayudante quien abría los mensajes y seleccionaba los más importantes para imprimirlos y dárselos al comisario, pero había tenido que darle vacaciones antes de Reyes.

Maldita la hora en la que llegó aquel fax. Una alerta sobre una terrorista internacional que parecía encontrarse en la isla... ¿de vacaciones? Por el amor de Dios, ¿es que no se podía haber ido a otra parte a pasar las Navidades? No tenía ni tiempo ni efectivos para montar una puñetera cacería.

—Que se ocupe la policía nacional y la guardia civil —dijo para sí mismo mientras dejaba el fax sobre la mesa.

La Navidad era una de las peores fechas. Las denuncias se multiplicaban. En vez de ser días de paz y amor, lo eran de violencia doméstica y de accidentes de tráfico, sin olvidar a los listillos de turno que aprovechaban para entrar en casas ajenas y conseguir gratis sus regalos. Y solo contaba con la mitad de la plantilla habitual porque todos querían celebrar las fiestas en familia y no en un coche patrulla haciendo controles de alcoholemia.

La plantilla de la policía no había aumentado desde hacía años. El gobierno local no consideraba oportuno gastar dinero en plazas que luego no serían ocupadas. Pero ahora que se había revitalizado el turismo, habían aumentado la delincuencia y los accidentes, así

que esperaba convencer al concejal de turno de que eran necesarios más policías para el año siguiente.

Al menos los políticos sí gastaban dinero en equipamiento. Había recibido hacía nada unos *walkies* nuevos. Además de chalecos antibalas, armamento y vehículos.

— ¡Zafra! — gritó el comisario.

En unos segundos un policía tocó en la puerta y entró acelerado y con cara de no haber roto un plato.

— Cuelgue esto en el tablón de anuncios — dijo el comisario mientras le pasaba el fax —. Cuando vuelva Joan le pide el cartel a color, que seguro que está en mi correo.

Zafra cogió el papel y lo miró con asco; él no era un jodido mensajero.

— ¿Algo más? — preguntó Zafra diligentemente.

— Sí — respondió el comisario —. Recuerde que estará a cargo del destacamento que vigile la cabalgata.

— ¿Cómo? — preguntó haciéndose el sorprendido —. ¿La puñetera cabalgata? Pero si es un marrón del quince.

— Cuide su vocabulario, Zafra — le advirtió el comisario —. Y no se haga el loco. A cambio de disfrutar todo agosto de vacaciones, usted se encargaba de los preparativos de seguridad de Reyes.

Zafra se rascó la cabeza pensativo.

— Pues no consigo recordar esa conversación, comisario — dijo Zafra, intentado zafarse de tener que vigilar la cabalgata.

— Zafra, por el amor de Dios, no sea mezquino — respondió el comisario subiendo el tono de su voz —. Y no me obligue a recurrir a otros métodos para hacer que recupere la memoria.

Zafra suspiró. Sabía que el comisario Montejano le tenía cogido por los mismísimos y tampoco era cosa de cabrear al viejo; al menos, no demasiado.

— Usted gana. Organizaré el dispositivo de vigilancia. Pero como algún crío se me acerque o me tiren un caramelo y me dé en el ojo...

— Bueno, no será para tanto — comentó el comisario.

— Y si no es indiscreción, ¿cómo es que este año no se ocupa usted del dispositivo? — preguntó Zafra con mala idea.

— Mi mujer me ofreció voluntario para llevar a mis nietos a la cabalgata — dijo Montejano encogiéndose de hombros —. Y ya sabe

que donde manda mujer, no manda marinero. Así que estaré en la cabalgata, pero con mis nietos, por lo que este año espero la mejor protección. Si no es así, rodarán cabezas.

Zafra tragó saliva. Ahora sí que tenía un marrón encima. No solo debía vigilar la cabalgata, sino que tenía que salir todo perfecto. Jodidos niños... Con razón había seguido soltero. Solo duermen, comen y cagan. Un agujero de tiempo, dinero y vida.

— ¿Desea algo más? — preguntó Zafra, esperando que la respuesta fuera negativa y no hubiera más sorpresas.

El comisario se quedó pensativo durante unos segundos.

— Ah, sí. Averigüe cómo es que no había ninguna patrulla en el Parc de la Mar el otro día cuando apareció un grupo de zombis. La alcaldesa no está muy contenta de que los militares se estén poniendo medallas.

Zafra volvió a tragar saliva. Menos mal que el comisario estaba peleado con la tecnología, si no, seguro que habría averiguado que le tocaba a él estar por la zona... Y el caso es que lo estaba, pero en el bar, tomándose una cervecita tranquilamente y disfrutando de las turistas que paseaban por los alrededores.

El comisario Montejano siguió hablando.

— Y no suspenda las vacaciones a nadie para la cabalgata — le advirtió el comisario —, que nos conocemos y sé que le encanta joder a sus compañeros.

— No sé de dónde ha sacado esa idea — se defendió Zafra.

— Que nos conocemos, Zafra, que nos conocemos...

Para Mara aquellos estaban siendo unos días bastante incómodos. Algún gracioso había filtrado que andaba por la isla, así que la policía y los militares no habían dejado de buscarla. De nada había servido cambiar de hotel; recorrían los establecimientos con su foto, mostrándola a todo el mundo. Así que ahora estaba acampada en el bosque, disfrutando de la naturaleza y sin mucho que hacer, salvo estudiar el portaviones en el que, supuestamente, se encontraba Doc.

Por ahora no había tenido mucho éxito. Los primeros días habían sido entretenidos. Ver los aviones aterrizar y despegar, y los helicópteros en movimiento. El constante ir y venir del personal de a bordo por la pista... Sin embargo, se había acabado convirtiendo

en algo tedioso y repetitivo. Y no había ni rastro de Doc. Era posible que se encontrara a bordo, pero por más que lo buscara con los prismáticos, aún no había logrado verlo.

Y, además, el tiempo no acompañaba. No es que lloviera o nevase, era la maldita humedad. Estaba acostumbrada al frío, pero lo de aquella isla era diabólico. La humedad se colaba por todas partes. Por muy abrigada que estuviera, siempre sentía frío.

Eso hacía que su estado de ánimo hubiera ido a peor. A lo largo de los años había tenido etapas malas, etapas regulares y etapas normales, si es que se podían denominar así. Pero las malas habían ido volviéndose más frecuentes. Y ahí estaba ahora, en medio de la nada, espiando un portaviones, tratando de encontrar una aguja en un pajar gigante y sin calefacción. En los días como ese se preguntaba de qué servía esforzarse tanto, de qué servía todo aquel sacrificio. Lo mejor era quedarse dentro del saco de dormir y no sacar la cabeza, que vinieran otros a resolver los problemas. ¿Qué más daba matar a Doc? No serviría para limpiar su nombre, no dejaría de estar en busca y captura en todo el mundo, de hecho seguramente la cosa iría a peor. Entonces ¿por qué levantarse todas las mañanas? ¿Por qué estar hora tras hora estudiando el maldito portaviones? Sabía que no tenía ninguna posibilidad de vencer. Moriría, eso era lo único que tenía claro, y no sería de vieja. Y no habría conseguido nada en su vida.

Suspiró una vez más. Una parte de su cerebro le decía que todo aquello tenía un sentido, que debía seguir adelante. Pero la otra parte, que esos días tenía más fuerza, era más negativa: ¿para qué seguir luchando?, ¿contra qué, contra un conglomerado de empresas?, ¿contra niños ricos?, ¿contra empresarios poderosos que siempre querían más?, ¿contra un científico loco que podía destruir ciudades impunemente?

Era demasiado para ella.

Aquel día había amanecido nublado y el aire traía olor a lluvia. Y seguía sin haber ni rastro del científico loco. A lo mejor el doctor, al enterarse de que ella estaba en la isla, había recapacitado. A lo mejor por una vez iba a tener suerte.

Se acercaba la noche de Reyes, así que decidió que aquel día era perfecto para poner límite a su estupidez. Si para entonces no había

tenido noticias de Doc, abandonaría la isla. Y se iría a climas más cálidos y menos húmedos.

Una gota cayó sobre su cuello y blasfemó durante unos minutos mientras se preparaba para la lluvia sin dejar la vigilancia. Debía estar atenta al portaviones y no perderlo de vista.

Observó cómo la tripulación empezaba a asegurar los aviones que había en la cubierta y a bajar los helicópteros, mientras comprobaban que las redes de seguridad y los cables de sujeción estuvieran fijados correctamente. Todo muy profesional.

Fue entonces cuando notó que había más actividad de la normal en la cubierta de vuelo. No solo por la llegada de la lluvia. Parecían estar preparándose para algo. ¿Habría comenzado la operación de la que Gerald le había hablado? No, el movimiento no parecía ir encaminado hacia eso. Miró el horizonte y no detectó nada extraño. Claro que la visibilidad era muy limitada.

Al instante empezó a caer una lluvia intensa que hacía cada vez más difícil no perder el contacto visual con el portaviones. Entre el estallido de los truenos y el silbido del viento comenzó a llegarle otro sonido, el de un motor bastante potente. Pero se oía por todas partes, así que no tenía manera de saber de dónde procedía exactamente. Entonces un helicóptero sobrevoló su posición, casi rozando las copas de los árboles. Mara se alarmó al pensar que la habrían descubierto y se preparó para huir.

Se pegó más al suelo mojado y la cara se le llenó de barro. Cuando estaba a punto de ponerse en pie para salir corriendo, observó cómo el helicóptero seguía de largo y se dirigía hacia el portaviones.

Las luces intermitentes se fueron alejando mientras en la cubierta de la aeronave un marinero comenzaba a hacer señales con unos enormes conos de luz. Estaba sujeto por una cuerda y además otro compañero lo ayudaba a mantener el equilibrio. El viento que se había levantado de repente azotaba la cubierta de aterrizaje e impedía a los operarios actuar con normalidad.

El helicóptero enfiló hacia la parte trasera del portaviones, tratando de ponerse a su altura ganando velocidad. Mara comprobaba que el helicóptero iba dando bandazos de izquierda a derecha y en más de una ocasión parecía que iba a estrellarse contra la cubierta; sin embargo, el piloto controlaba bastante bien el aparato,

pues a pesar del viento y de la lluvia consiguió finalmente aterrizar. Apagó los motores y las puertas se abrieron. Mara esperaba con impaciencia ver salir a Doc, pero no fue así; aunque, al parecer, el visitante era también alguien importante.

Y entonces lo vio. Detrás de toda aquella gente, caminando con una ligera cojera cortesía de una bala en la rótula que le había metido en Alemania Occidental hacía unos años. Doc. Reconocería ese caminar en cualquier parte. Aunque apenas podía verle la cara, sabía que era él. Ahí estaba, a bordo del barco. Sin embargo, se encontraba demasiado lejos para disparar. Tendría que subir a bordo del portaviones y servirle a domicilio una ración de plomo.

Pero eso sería en otro momento. Ahora tocaba resguardarse; secarse, calentarse y escuchar el ruido de la lluvia golpear el exterior de la tienda, sabiendo que Doc estaba cerca. Muy cerca.

Con su eficacia habitual, los zombis habían tomado la prisión de Palma sin demasiados problemas. A ello había contribuido que algunos funcionarios hubieran dejado las puertas abiertas o no hubieran dado la alarma, o que el personal de seguridad no hubiese actuado con la eficiencia de los ejercicios debido a las drogas que alguien había mezclado con el agua que habían ido bebiendo a lo largo del día.

En el exterior nada parecía indicar un peligro inminente. Las autoridades se habían encargado de vender la idea de que los incidentes dentro de la cárcel no eran peligrosos, sino un simple motín. Además, habían hecho todo lo posible para impedir que la policía interviniera.

Al final no había nadie vigilando que pudiera dar la voz de alarma. Las radios habían sido inutilizadas, los teléfonos, desconectados y las cámaras de seguridad, pirateadas para no ofrecer imágenes en directo de lo que estaba pasando.

Los zombis, por su parte, se lo tomaban con calma. No parecían tener prisa por salir de la prisión o del aparcamiento que había en la entrada principal. De no haber sido víspera de festivo, los coches que pasaban a toda velocidad por la autovía paralela al complejo penitenciario los abrían destrozado; pero la circulación era prácti-

camente inexistente ese día, y los zombis, a medida que iban saliendo, se apoderaban de la calzada sin problemas.

Un conductor despistado, al ver tanta gente en medio de la carretera y pensando que era una manifestación, se detuvo para pedir que se apartaran.

— ¡Eh, que tengo prisa! — se quejó amargamente mientras seguía haciendo sonar el claxon — . ¡Apartaos de una vez!

No se había parado a pensar que aquella gente en el exterior de la cárcel pudiera ser peligrosa.

Los zombis, atraídos por el ruido, comenzaron a rodear el vehículo ante la sorpresa del conductor, que no entendía qué estaba pasando. Creyó en un primer momento que lo iban a linchar. Demasiado tarde se dio cuenta de que sus atacantes eran zombis. Rompieron los cristales sin problema y alargaron sus brazos para sacarlo del interior del coche.

Los primeros conductores sufrieron todos el mismo final.

Otros estuvieron más despiertos, aunque al escuchar los gritos, trataron de acelerar para coger la primera salida y descubrieron que algunos de los zombis de repente eran un fenómeno de los cien metros lisos. Alguno se defendió hasta el último momento disparando a todo lo que se acercaba al coche y pidiendo ayuda a gritos, pero las casas más cercanas estaban demasiado lejos de la zona como para que nadie se percatara de lo que sucedía.

A pesar de todo, a alguien se le ocurrió cumplir con su deber cívico y llamar para dar parte de la aparición de docenas de zombis al lado de la cárcel.

— Joder, que no estoy bromeando — decía desesperado, rezando para que la ayuda llegara a tiempo — . La autovía de la cárcel está repleta de zombis, hostias. Están saliendo de la prisión y tratan de entrar en mi coche, joder. Dense prisa..., hay cientos de esos cabrones.

Por desgracia para él, antes de que llegara la ayuda acabó hecho pedazos a manos de los no-muertos, que lo habían sacado del coche por la fuerza mientras seguía luchando por su vida, pensando en la familia que lo esperaba en casa.

Cuando dejaron de pasar coches, los zombis comenzaron a dividirse en grupos, yendo unos hacia el centro recreativo al que

se accedía siguiendo la carretera, y otros, al complejo residencial cercano.

Los vecinos se sorprendieron al principio de ver a tanta gente extraña deambulando por las calles y pensaron que eran los jóvenes de siempre buscando jaleo. Pero con la lección aprendida de años anteriores, en los que los incidentes habían provocado más de un muerto, simplemente los ignoraron. Parecía ser que aterrorizar a la buena gente era un deporte que nunca dejaba de practicarse entre aquella juventud descarriada a la que sus padres y las autoridades dejaban hacer de todo. Algunos vecinos, hartos de las payasadas, avisaron a las autoridades de que había gente paseando por las calles disfrazada de zombi, y que deberían detenerla o algún vecino despistado podría volarle la cabeza.

Los pobres zombis no encontraron puertas ni ventanas que poder atravesar, ya que hacía tiempo que sus dueños las habían reforzado. Algún vecino valiente incluso se atrevió a salir al jardín, escopeta en mano, llegando a disparar algún tiro al aire para espantar a los gamberros. Sin embargo, lo único que consiguió fue que más zombis se acercaran a su verja.

Los vecinos no lo sabían todavía, pero al final las reformas defensivas fueron una buena inversión. Los no-muertos golpeaban las puertas exteriores y las ventanas de las casas con un ritmo cansino y monótono, sin que ya nadie les prestara atención.

En el centro recreativo, no obstante, los zombis no pasaron tan desapercibidos.

Fueron llegando poco a poco, en pequeños grupos. Las primeras personas vivas que se encontraron eran jóvenes que escuchaban música y bebían en las afueras de la antigua cárcel. Al verlos aparecer, sonrieron y se dirigieron hacia ellos como si fueran viejos conocidos.

— Tío, qué disfraz tan currado — comentó uno, al tiempo que daba vueltas alrededor de un zombi —, aunque la sangre no parece real, tendría que ser más líquida y menos viscosa. Y el color...

El zombi le clavó los dientes en el cuello, arrancándole un trozo de piel mientras dejaba al descubierto parte de la carótida desgarrada y sangrante del joven.

Su amigo, bastante pasado de cervezas, dio un salto hacia atrás.

— Tío, ese efecto sí que mola — dijo más tranquilo, viendo cómo salía la sangre a borbotones del cuello de su amigo — . Aunque no tendrías que meterte tanto en el papel, que a lo mejor levantas a los muertos de sus tumbas con tus gritos.

Y comenzó a reírse de forma histérica. Demasiado tarde se dio cuenta de que aquello era real. Cuando quiso dar el aviso, su amigo, ya convertido en zombi, se lo impidió arrancándole el corazón del pecho.

El grupo de zombis se dirigió a la hamburguesería que había a medio camino entre la antigua cárcel y el centro recreativo. La gente que estaba dentro del establecimiento se dio cuenta de que aquello era peligroso debido a los gritos de quienes estaban en el exterior siendo atacados. No había salida. Cuando quisieron poner barricadas en las puertas para impedir la entrada de los zombis, se dieron cuenta de que estaban rodeados de paredes de cristal, como en una pecera. Algunos de los zombis que parecían tener más movilidad se abalanzaron directamente sobre los cristales y los atravesaron, creando el caos.

Debido al frío, las terrazas de los restaurantes del centro recreativo Ocimax estaban cubiertas por unas lonas opacas y no dejaban ver el exterior, por lo que los clientes no supieron lo que se les venía encima.

Los primeros entraron en los locales sin hacer distinciones. Poco a poco las lonas se fueron tiñendo de rojo, mientras los zombis se multiplicaban sin que nadie los pudiera detener. Los gritos de terror iban creciendo y los cadáveres, acumulándose en espera del levantamiento.

Algunos clientes trataron de defenderse con las armas que llevaban, pero los zombis eran demasiados. Más de uno decidió pegarse un tiro en la cabeza, pensando que era mejor acabar con su vida que ser responsable de una matanza como aquella. Esos fueron los más afortunados, los que acabaron usando la bala que guardaban para una situación así.

La entrada en el centro fue bastante aparatosa debido a que los zombis iban cayendo al interior por las escaleras mecánicas. Eso provocó, además, que algunos siguieran bajando hasta los aparca-

mientos subterráneos, creando el caos e impidiendo la salida de los vehículos.

Cuando los zombis comenzaron a entrar en las salas del cine, los espectadores no supieron qué estaba ocurriendo y no tuvieron tiempo para reaccionar. Sin prisas y metódicamente, los zombis se fueron repartiendo por las salas y los locales de ocio, extendiendo el terror y la muerte a su paso, convirtiendo cada sala en una auténtica ratonera.

La gente no sabía qué hacer. Tras la sorpresa inicial, surgía el pánico, los gritos, los empujones. Ello facilitaba el trabajo a los zombis, ya que los vivos se apelotonaban en las puertas impidiendo que nadie pudiera salir. Y los zombis solo tenían que alargar sus brazos, agarrar a su víctima y destrozarla.

La masacre apenas acababa de comenzar.

CAPÍTULO 5

DE POLICÍAS Y MILITARES

Castillo llevaba cerca de una década perteneciendo a la policía local de Palma de Mallorca. No era un trabajo que le gustara ni le dejara de gustar. Para él simplemente significaba un sueldo a final de mes. No tenía especial gusto, como otra gente, por poder ir armado, ni se sentía más poderoso, ni lo hacía por ayudar a los demás. Pero ese día había algo que no le acababa de gustar. Ahí estaba en la víspera de Reyes, sentado en el coche patrulla con un novato respondiendo a la llamada de un vecino que decía haber visto cientos de jóvenes disfrazados de zombi. Malditos niñatos.

— Escucha bien, novato — iba diciendo mientras conducía por las calles desiertas de la ciudad —, quítate las ideas románticas de la cabeza. No salvamos el mundo. No nos enfrentamos a terroristas a diario para proteger la ciudad. Lo más arriesgado que te puede ocurrir es que tengas que bajar un gato de un árbol...

— ¿Y las no-personas? — preguntó el joven mientras volvía a comprobar la radio de su hombro —. Son un peligro, ¿verdad?

— Zombis, novato, zombis — le corrigió Castillo —. Eso de no-personas lo inventaron unos abogados para poder sacar dinero a la ciudad, tratando de darles una cierta personalidad y dar a entender que debíamos tener lástima de ellos. Pero no te llesves a engaño, si ves a una de esas cosas, das parte a la central, no te pones en su camino ni llamas su atención, y esperas a que otros se encarguen, que para algo está el protocolo.

— No lo entiendo — respondió el novato con tono nervioso en su voz.

Castillo suspiró.

— ¿Pero es que no os enseñan nada en la academia? — preguntó Castillo.

— No vamos a ninguna academia, señor — le señaló el novato —. Pasé unas oposiciones para entrar.

— Era una pregunta retórica, novato — respondió Castillo negando con la cabeza —. En serio, cada vez salís más gilipollas del colegio. A ver cómo te lo explico. Estás patrullando, ves a un zombi en un callejón... Hazte a la idea. ¿Qué haces?

— Le doy el alto — comenzó a explicar dubitativo —, luego hago un disparo de advertencia, le pego un tiro en una zona no vital y si es un zombi, le reviento los sesos.

Esto último lo dijo sonriendo de una forma que incomodó a Castillo.

— Mal, novato, muy mal — lo reprendió —. Acabas de costarle al contribuyente varios millones de pesetas.

El coche patrulla entró en la zona del Amanecer, un barrio de casas con jardín que podría considerarse el final de la ciudad. Más allá solo quedaba la cárcel y uno de los polígonos que estaban ya en las afueras de Palma. La zona parecía estar tranquila a pesar de las llamadas recibidas quejándose de actos vandálicos.

Castillo siguió instruyendo a su compañero.

— ¿Es que no has leído el manual de supervivencia zombi que te dieron con la pistola? — preguntó Castillo mientras ralentizaba la velocidad y observaba a su alrededor usando el foco del vehículo.

El novato lo miró como si no supiera de qué le estaba hablando.

— La vista en la calle, novato — le indicó Castillo —. Vamos a ver, cuando te entregaron la placa te debieron dar una serie de libros: uno con los códigos de llamada, otro sobre cómo acotar una zona..., y un libro en el que te enseñaban a tratar con zombis.

Castillo suspiró.

— A ver... Hace tiempo, mientras la sociedad se recuperaba del fin del mundo, la cantidad de zombis iba disminuyendo, y cuando te encontrabas con uno, le disparabas en la cabeza, se lo llevaban al depósito, se trataba de identificarlo y de notificárselo a su familia. El caso es que algún abogado listillo, basándose en casos similares ocurridos en Estados Unidos, decidió que hacer que la familia tuviera que identificar un cuerpo con la cabeza destrozada era cruel, por lo que demandó al ayuntamiento... Y ganó.

Las calles estaban vacías y no se veía nada. Era natural, seguramente la gente se habría ido al centro de la ciudad para hacer las últimas compras o ver la cabalgata.

— Desde entonces, nuestro deber solo es dar parte si vemos a un zombi, y otros se encargan de controlarlo y llevárselo. La familia lo identifica mientras tiene la cabeza intacta y entonces se procede a eliminarlo. Ya sea volándole los sesos o quemándolo. Pero sin que la familia sufra, de forma humanitaria. Por eso no puedes ir volando cabezas sin ton ni son.

— Entonces nada de volarles la tapa de los sesos — dijo el novato con cierto tono de enfado.

— Salvo que representen un peligro real para otras personas — respondió Castillo —. En serio, ¿tu generación sabe lo que es un libro?

Castillo frenó en seco provocando la alarma del novato, que puso instintivamente las dos manos en el salpicadero para frenarse.

— ¡Joder! — exclamó el veterano mientras miraba por su lado del coche —. Maldita suerte la mía...

Tratando de entrar en los jardines de una de las casas, había un zombi que no paraba de dar golpes a la verja como si quisiera derribarla.

Castillo indicó a su compañero que se quedara dentro del coche mientras él abría lentamente la puerta y salía del vehículo. Se quedó mirando durante unos instantes al zombi y activó su radio.

— Central, aquí coche 17, tenemos un zombi rondando una zona habitada.

— Coche 17, ¿es un peligro inminente? — preguntó alguien al otro lado de la radio —. ¿Y está seguro de que es una no-persona?

— Central, está claramente muerto y trata de acceder a una vivienda, por ahora sin éxito — respondió Castillo al tiempo que estudiaba mejor al zombi.

Fue entonces cuando se fijó en que iba vestido como un presidiario.

— Central, creía que teníamos a todos los convictos de la antigua cárcel contados de cuando la plaga — comentó desconcertado mientras trataba de encontrar un significado a esa extraña sensación que tenía que le decía que algo se le escapaba.

— Todos contados y quemados, coche 17. ¿Cuál es el problema?

Fue entonces cuando lo golpeó la realidad. Llevaba tanto tiempo viendo ese uniforme que no se le había ocurrido que era el nuevo. Con el cambio de prisión se renovó el vestuario carcelario. Y el no-muerto que tenía delante de él vestía ese traje.

— Central, ¿qué hay sobre esas llamadas diciendo que había zombis por la zona de la cárcel?

— Las cámaras no muestran nada extraño. Todo está en calma. Y desde la cárcel dicen que no han tenido problemas.

— ¿Señor? — dijo el novato con miedo en su voz.

— Ahora no — le ordenó Castillo mientras trataba de poner en orden sus ideas.

Claramente el cadáver andante estaba vestido de presidiario. ¿Cómo podía ser? No se sabía de ningún fugado.

— Señor... — volvió a insistir el novato.

— ¡¿Qué pasa?! ¿Tienes ganas de ir al baño? — preguntó molesto Castillo, introduciendo la cabeza en el coche patrulla para gritar algún improprio más a su compañero.

El novato no respondió. Levantó temblorosamente su mano, señalando el final de la calle que tenían enfrente.

Castillo se quedó sin palabras.

Había un grupo numeroso de zombis deambulando de un lado a otro. La mayoría vestía con el mismo traje de presidiario que el otro, pero había algunos zombis que no llevaban el de presidiario, sino el de funcionario de prisiones. También vio algunos civiles. ¿Cómo era posible? Desde la central les habían comunicado que todo estaba en orden. ¿Qué clase de broma macabra era aquella?

Sus ojos estudiaban el grupo que tenía enfrente cuando, de pronto, dos zombis echaron a correr hacia el coche. Había algo en aquella escena que resultaba extraño. Mientras los veía adelantarse, su cerebro trataba de explicarle qué era lo que andaba mal.

¡¡ESTABAN CORRIENDO!!

Pero eso no era posible... Todo el mundo sabía que los zombis solo podían andar arrastrando los pies debido a que los músculos de su cuerpo estaban atrofiados. Eran torpes. Esos zombis que se estaban lanzando contra ellos, sin embargo, parecían rápidos, ágiles, vivos...

Tardó un segundo en darse cuenta de que se había quedado paralizado. Castillo movió la cabeza tratando de despertarse de aquella pesadilla. Fue entonces cuando supo que su vida corría peligro y se metió en el vehículo, cerrando la puerta de un golpe. De repente vio que los zombis habían llegado ya a la altura del coche patrulla y se habían subido al capó. Estaban golpeando con fuerza el parabrisas.

Castillo respiró hondo. Debía recuperar la compostura. El cristal blindado parecía resistir sin problemas los golpes, pero no era cuestión de quedarse sentado viendo cómo los zombis se destrozaban las manos tratando de entrar. Activó la radio que llevaba en su hombro.

— Central, tenemos una plaga. Repito, tenemos una plaga. — Trató de calmarse — . Parecen ser funcionarios de prisiones y presos convertidos todos en zombis, salidos de la nueva prisión. Avisen al ejército y a los cuerpos especiales.

La radio solo devolvió estática.

— Central, aquí coche 17, responda — insistió Castillo sin éxito. Encendió la radio del coche patrulla.

— Central, hay una plaga que parece haberse originado en la cárcel nueva. Respondan.

La radio seguía muerta. Se giró hacia el novato, que temblaba acurrucado en su asiento, tratando de mantenerse lo más alejado posible del parabrisas.

— Novato, prueba tu radio — le ordenó Castillo mientras cambiaba la frecuencia de la radio del coche.

El novato no se movía. Castillo tuvo que darle un golpe en la cabeza para que reaccionara y probara su radio.

— Central..., responda..., po... por favor... — susurraba.

Pero la radio permanecía muerta. Así que sacó su móvil y miró la pantalla. Sin cobertura. ¿Cómo era posible? Trató de marcar el número de emergencias. No hubo suerte. El móvil estaba tan muerto como el resto de los aparatos.

Debían salir de ahí y dar el aviso. Devolvió su atención a los zombis, que seguían golpeando el parabrisas. Para su sorpresa, vio un par de diminutas grietas en el cristal. Algo iba mal, pero que muy mal.

Había visto zombis romper cristales, incluso puertas de madera o paredes de yeso, pero eso que estaban agrietando era un cristal antibalas. Se necesitaba una gran fuerza para que se viera afectado y, por lo que estaba viendo, esos zombis tenían fuerza suficiente para atravesarlos si se les daba tiempo. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Toda la población carcelaria había sido convertida? ¿Cómo había pasado eso? Y ¿cómo era posible que desde la central aseguraran que no había sucedido nada? Una fuga zombi masiva de la cárcel... Un desastre para la ciudad, y más en esas fechas, con prácticamente todo el mundo en las calles. Además, las comunicaciones habían fallado de repente. Los zombis habían empezado a correr y a mostrar más fuerza de la que se les conocía... ¿Qué sería lo siguiente? ¿Vampiros? ¿Hombres lobo?

Castillo volvió a mirar el cristal. Los no-muertos seguían golpeándolo con saña; si esperaba mucho, les daría tiempo de acceder al interior del vehículo y lanzarse a sus cuellos.

— ¡Novato, agárrate! — exclamó, al tiempo que encendía el motor y daba marcha atrás a toda velocidad. El movimiento del vehículo tomó desprevenidos a los zombis, que se cayeron al suelo delante del coche patrulla. Castillo aprovechó entonces para poner la primera y pasarles por encima con la esperanza de aplastarles las cabezas con las ruedas.

No se detuvo a ver el resultado de su maniobra. Giró por la primera calle que encontró libre de zombis. No era cuestión de lanzarse contra aquellos bichos cuando estaban agrupados. Lo primero era lo primero. Debían salir de la zona infestada y dar el aviso. Y si los civiles eran lo suficientemente inteligentes, se quedarían en sus casas y esperarían la ayuda de los militares.

— Novato, sigue probando la radio — ordenó Castillo mientras trataba de orientarse en aquella zona. El problema era que todas las malditas calles parecían iguales.

Unos minutos después, el coche patrulla salía a la carretera de Sóller. Ahora tenía que tomar una decisión. Coger a la izquierda y volver a la ciudad, o a la derecha y comprobar qué estaba pasando en la cárcel.

Observó al novato, que seguía tratando de arreglar la radio sin mucho éxito. Activó el intermitente y, pisando el acelerador, comenzó a hacer girar el coche.

— Lo siento, novato — se disculpó —. Es parte del servicio. Para lo bueno y para lo malo, el uniforme manda.

No tuvieron que recorrer muchos metros para ver grupos poco numerosos de zombis avanzando por la carretera de Soller, a través del puente que pasaba por encima de la autopista. Castillo apagó las luces del vehículo. Cuando llegaron a la mitad del trayecto, el espectáculo que vieron fue terrible. Coches cruzados en medio de los carriles, zombis devorando y arrastrando cadáveres, y cientos de no-muertos saliendo por la puerta principal de la prisión.

La radio seguía sin dar señales de vida. Nada se podía hacer por los dueños de los coches. Ya no quedaba nadie vivo. Giró el coche rápidamente, esperando que la infección no se hubiera extendido demasiado. Pisó el acelerador y encendió de nuevo las luces, ahora ya daba igual llamar la atención. Tenían que ir lo más rápidamente posible al centro de ocio que había al otro lado de la antigua prisión. Debían sacar a todo el mundo de las calles antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando giró a la izquierda para entrar en la calle principal en la que estaba el centro de ocio, el alma se le cayó a los pies. El novato hizo una mueca de sorpresa y se santiguó rápidamente. Había zombis por todas partes. Pero lo que más extrañaba a Castillo era que también había gente con ropa civil. Y pudo ver, cuando pasó lentamente por el McDonald's, que varias de las personas que parecían haber muerto a manos de los zombis estaban volviendo a la vida, rompiendo todos los récords de tiempos de transformación conocidos oficialmente.

El espectáculo al pasar por los locales más cercanos a los cines era igual de dantesco. Muertos por todas partes y cadáveres moviéndose libremente sin que nadie se lo impidiera. ¿Cómo había podido suceder aquello?

Tampoco podían hacer nada en esa zona.

— ¿Qué hacemos ahora? — preguntó el novato en susurros, como temiendo hablar en voz alta y llamar la atención de los zombis.

— ¿Ahora? Ahora le pasamos el marrón al ejército — dijo Castillo, acelerando y poniendo la sirena —. Y lo vamos a hacer en persona, para que no se quejen.

Las ruedas chirriaron. Ya no valía la pena no llamar la atención. Si iban a entrar en el cuartel del ejército, tendrían que hacerlo con

el mayor ruido posible para que se dieran cuenta desde el primer momento de que algo grave ocurría.

Mientras el coche patrulla cogía velocidad, los peores temores de Castillo se iban cumpliendo. Los zombis estaban invadiendo la rotonda que unía la ciudad con la *part forana*, como llamaban los isleños a todo lo que no era la ciudad, y amenazaban con dirigirse hacia el centro comercial que había al otro lado de la carretera. Eso sería un desastre. Seguro que estaba repleto de gente haciendo las compras de última hora.

Castillo giró bruscamente para poder seguir por la izquierda de la rotonda. Las ruedas chirriaron. De reojo vio cómo los zombis comenzaban a atacar a los coches que trataban de entrar en la ciudad. Castillo se repetía una y otra vez que no podía hacer nada por esos pobres desgraciados, que debía avisar a los militares. Ellos lo solucionarían todo.

— El centro de salud — dijo el novato señalando al primer edificio que había a la derecha nada más salir de la rotonda.

— No podemos hacer nada por ellos — afirmó Castillo. Con suerte alguien se asomará a la puerta, verá lo que se les viene encima y tomarán las medidas oportunas.

El chico pareció que iba a decir algo, pero no tuvo tiempo. Castillo había pisado el freno de repente.

— ¡Joder, joder, joder, maldita sea! — exclamó Castillo al tiempo que abría el seguro que tenía a su lado y sacaba la escopeta —. Voy a avisarles. Cúbreme desde el coche y no dejes que se acerquen.

El novato asintió mientras comprobaba nervioso su pistola. Castillo abrió la puerta del vehículo salió corriendo hacia el centro de salud. Los zombis parecían indecisos y por el momento no habían avanzado. Mejor, así tendría tiempo.

Subió los cuatro escalones que separaban el *hall* de la calle y comprobó con cierta resignación que el edificio cumplía con las normas para minusválidos; a su derecha tenía una larga rampa que parecía invitar a los no-muertos a subir por ella y no tomarse la molestia de hacerlo por las escaleras.

Las puertas se abrieron al detectarlo. Otra gracia de la comodidad humana que podía ser mortal en una situación como aquella.

Había varias personas haciendo cola y, al verlo entrar, lo primero que vieron fue la escopeta y se alarmaron.

Desde el otro lado, un empleado miró también con cierta sorpresa al recién llegado.

— Deben activar el protocolo contra zombis — dijo Castillo sin perder tiempo — . Hay un grupo numeroso en la rotonda y posiblemente se dirigirán hacia aquí. Deben tomar medidas.

Durante los siguientes segundos nadie dijo nada. Todos se quedaron observando la figura que había entrado en el ambulatorio, escopeta en mano, gritando «¡Zombis!». Fue una mujer de avanzada edad y con un grave problema de sobrepeso quien rompió el silencio.

— ¿Le parece bonito a su edad ir por ahí gastando ese tipo de bromas? — lo acusó la mujer — . Vago, que es usted un vago, búsquese un empleo en vez de molestar a la gente honrada.

— ¡Señora, por Dios, que estoy hablando en serio! — gritó Castillo, incrédulo ante lo que le estaba pasando — . ¿Es que no ve la placa? Soy un puto agente de la ley.

— Usted no es policía — afirmó la señora muy irritada — . Mi hijo sí es policía y conozco los rangos. Deje de molestar y lárguese de aquí, gamberro, que es usted un sinvergüenza.

Castillo no se lo podía creer.

— Bien, pues llame a su hijo — dijo Castillo sin perder la paciencia — . Y que venga corriendo hasta aquí para darme esa lección que necesito.

La mujer dudó un segundo, pero acto seguido cogió su bolso y sacó un móvil, marcó y esperó unos segundos.

— Tiene usted suerte, parece que no tengo cobertura y no puedo localizar a mi Zafra — se quejó amargamente la mujer, mirando el móvil — . Siempre pasa lo mismo, cuando lo necesitas, no funciona. Recoja sus juguetes y váyase a molestar a otra parte.

— ¿Por qué nadie llama a seguridad? — interrumpió uno — . ¿No hay un agente de seguridad en el edificio?

Varias personas secundaron sus palabras.

— Eso, eso, que alguien llame a seguridad, y que le dé una paliza a este payaso mientras lo echan — dijo la señora — . A ver si aprende la lección y no vuelve a bromear con ese tema tan serio. Y que

sepa que son no-personas. Que zombis es un término despectivo y solo lo usan las personas despreciables.

— Bueno, señora, tampoco se pase — intervino alguien —, que esas horribles criaturas tampoco pueden ser tratadas como personas.

— Por eso hay que llamarlos no-personas — insistió la mujer —. Ellos no han pedido volver a la vida de esa manera. Son unos pobres desgraciados. Y no merecen que además de estar muertos, les insultemos.

— Qué quiere que le diga, a mí el término zombi no me parece insultante — intervino una tercera persona.

Y, de repente, todo el mundo se había olvidado de Castillo.

Mientras esto ocurría, una mujer de avanzada edad se había apartado del grupo, se había asomado a la calle y había regresado al mostrador con un andar lento y pesado. Viendo que la gente cada vez estaba más alterada, cogió su bastón y dio varios golpes para llamar la atención. Al escuchar el ruido, todos guardaron silencio.

— Me temo que el joven tiene razón — dijo la señora con voz amable pero firme —. Me acabo de asomar y en la rotonda hay un grupo numeroso de zombis. Los he visto con mis propios ojos.

El silencio volvió a hacerse en la entrada del centro de salud.

Nadie parecía creerla. Uno de los auxiliares salió de detrás del mostrador y se asomó por la puerta. Volvió corriendo con la cara blanca.

— Es cierto, hay un montón de zombis en la rotonda, y parece que cada vez vienen más — dijo nervioso —. Además, hay un coche patrulla aparcado en la puerta.

— ¿Funciona el teléfono? — interrogó Castillo al empleado.

El pobre hombre levantó el auricular, esperó unos segundos y negó con la cabeza.

— ¿Alguien tiene cobertura? — preguntó Castillo mirando al grupo de gente.

Se apresuraron a coger sus móviles. Todos negaron con la cabeza.

— Bueno, tranquilícense — dijo Castillo con voz serena —. Despejen esta área. Y si es posible, toda la planta baja. Sellen la puerta principal. Es probable que si los zombis no ven a nadie, no se tomen la molestia de intentar entrar. ¿De acuerdo?

— Oiga — intervino la mujer que había empezado la discusión —, supongo que usted se quedará para defendernos. Es su deber como policía.

— No, señora — respondió Castillo tajantemente —. Mi deber es avisar a los militares para que se pongan en marcha. Iba de camino al cuartel cuando me detuve para avisarles. Si siguen mi consejo y no llaman la atención, seguramente no les pasará nada.

Acto seguido y sin dar tiempo a la mujer a replicar, salió por la puerta en dirección al coche patrulla. Los zombis seguían acumulándose en la rotonda sin decidir su siguiente movimiento.

El ruido de la sirena retumbaba por la calle desierta mientras el coche avanzaba. Nada más pasar un cruce, vio el cuartel de los militares. Era una enorme instalación que ocupaba varias manzanas. Estaba rodeada de un muro blanco de dos metros de alto con alambradas y con varios puestos de observación.

La entrada principal se encontraba a trescientos metros de la esquina del complejo, la había visto muchas veces al pasar por la zona. Dos garitas, una a cada lado de la puerta, y una barrera que estaba casi de decoración. Afortunadamente para ellos.

— Agárrate, novato — advirtió Castillo a su acompañante justo antes de hacer un giro repentino, situando el coche entre los soldados de las garitas, que acababan de salir sorprendidos por la maniobra. Sin detenerse, rompió la barrera y entró en el cuartel frenando de golpe.

Los soldados habían entrado corriendo detrás de ellos con sus armas preparadas, mientras varios que estaban en el patio hacían lo mismo. En unos segundos, estaban rodeados de militares con sus fusiles de asalto apuntándoles.

Castillo, que había apagado la sirena y bajado la ventana para que pudieran escucharlo mejor, solo pronunció dos palabras.

— Código negro.

Cada cuerpo de seguridad del Estado ha tenido siempre sus propios códigos internos. Sin embargo, si algo quedó claro durante la plaga zombi fue que en ese tema todos debían ir de la mano. Un código único, un único protocolo.

Por eso mismo se creó el código de alarma zombi. Se estructuraba por colores: el blanco indicaba que la zona estaba libre de

zombis, los colores rojo y marrón indicaban un grupo numeroso de zombis, de cientos o de miles, respectivamente; la escala iba oscureciéndose hasta llegar al color negro, que representaba el fin del mundo.

Nunca se había tenido que usar el color negro. De hecho nunca se había tenido que usar un color por encima del verde, los grupos de zombis jamás llegaban a la decena. Pero ahí estaba ese policía que había entrado a lo loco en el cuartel, gritando un código negro.

Durante los siguientes segundos nadie dijo nada. Era difícil de creer, casi imposible... Un brote zombi, sin aviso, y tan numeroso que era definido como negro... No podía ser.

Los soldados no dejaban de apuntar al coche patrulla y a sus ocupantes.

— Novato, ni movimientos bruscos ni sospechosos — advirtió Castillo mirando seriamente a su compañero —, y no abras la boca.

El chico simplemente asintió con la cabeza lentamente.

Uno de los soldados finalmente cogió su radio.

— Mi sargento, tenemos a un policía local en la entrada declarando un código negro.

— Voy para allá — se escuchó como respuesta.

Otro de los soldados indicó a los policías que salieran del vehículo lentamente.

Castillo miró a su compañero y asintió. Él mismo movió muy despacio las manos, dejándolas siempre a la vista, abrió la puerta del coche y bajó lentamente. No debían causar problemas. Aunque no había tiempo que perder, entendía la gravedad del asunto, y no quería que un soldado nervioso acabara con su vida. Así que esperó al sargento de guardia.

Este no tardó en aparecer. Si alguna vez Castillo había imaginado un sargento típico del ejército español, ese era el que venía hacia ellos a la carrera. Un armario de, seguramente, metro noventa de altura y doscientos kilos de peso; aunque apostaba a que no habría mucha grasa en ese cuerpo. Llevaba parte de la camisa desabrochada y una generosa mata de pelo en el pecho.

En unos segundos, el sargento, que iba acompañado de varios militares más, llegó donde estaba Castillo rodeado de soldados que no dejaban de apuntarle, esperando un movimiento en falso.

El sargento lo examinó de arriba abajo.

— Así que un código negro — dijo finalmente con una voz atonadora.

Castillo asintió sin decir nada. Debía ir con cuidado con lo que hacía delante de ese sargento.

El sargento suspiró y miró al cielo.

— Si lo he entendido bien, invade mi base gritando «zombis» en el día de la víspera de Reyes — dijo, recapitulando lentamente.

— Es cierto — interrumpió el novato —. Hay cientos de ellos.

Castillo fulminó con la mirada al chico, que captó enseguida la señal.

— Es una broma, ¿verdad? — preguntó enfadado el sargento —. Seguro que hay una apuesta por medio. Demasiadas cervezas, un reto estúpido, demostrar la hombría del cuerpo de policía local... Puedo entenderlo. Aunque lo de entrar en la base arriesgándose a que los recibiéramos a tiros... Reconozco que hay que tenerlos bien puestos.

Parecía que Castillo iba a decir algo, pero el sargento levantó la mano con la palma extendida hacia arriba, indicado al policía que guardara silencio.

— Pero..., por si acaso — continuó el sargento —, le voy a conceder el beneficio de la duda.

Activó su radio.

— Comunicaciones, ¿alguna novedad en las últimas horas? — preguntó.

— Nada, mi sargento — dijo una voz al otro lado del *walkie* —, aunque estamos teniendo problemas con las bandas de comunicación civiles. Por cierto, ha llamado el capitán Blanco pidiendo que le mandemos un técnico, que su móvil no funciona.

El sargento negó con la cabeza en señal de incredulidad.

— Dígale al capitán que la telefonía móvil no es problema del ejército, sino de su compañía — volvió su atención a Castillo —. Por lo visto, ese es el mayor problema que tenemos hoy.

Luego volvió a activar la radio.

— Perímetro, ¿alguna novedad? — preguntó de nuevo a través de la radio.

— Torre uno, sin novedad.

— Torre dos, todo tranquilo en San Vicente de Paúl. Hace poco ha pasado un coche patrulla de la local a toda mecha, con las luces y las sirenas encendidas, pero, aparte de eso, nada.

— Torre tres, nada que informar.

El resto de torres siguieron informando de que no había nada de qué alarmarse.

El sargento miró fijamente a Castillo y le indicó que lo acompañara.

Ambos se dirigieron a la puerta principal junto a un par de soldados que no perdían de vista al policía.

El sargento salió al exterior. Miró a la izquierda ceremoniosamente. Miró a la derecha y se giró de nuevo hacia el policía.

— Hace un día espléndido y no hay ni rastro de zombis — dijo, abriendo los brazos teatralmente.

El soldado Vázquez miró de nuevo el lado izquierdo de la calle San Vicente de Paúl, todo estaba tranquilo. A su lado estaba el soldado Escobar, que no debía estar ahí, dado que no era su guardia, pero de alguna manera había acabado en la garita que había en la esquina del complejo militar que daba al cruce entre la carretera de Valldemossa y San Vicente de Paúl.

— Pues sigo sin ver nada — dijo Vázquez pensativo —, claro que no sé exactamente qué quería el sargento que viéramos.

— A mí qué me cuentas — se quejó Escobar —, yo ni tendría que estar aquí. No sé cómo me he dejado convencer.

— Porque eres buena gente — respondió Vázquez sonriendo — y sabes que estas guardias son aburridísimas. Nunca pasa nada.

Vázquez se movió un poco para ver a través de la diminuta ventana que había a la derecha de la garita. Las ventanas, simples agujeros que estaban a cada lado de la garita, eran lo suficientemente grandes para sacar el fusil, pero para poco más. Apenas se veía nada. Y lo más triste de todo era que no tenía visión de la carretera de Valldemossa y mucho menos de la rotonda.

— Seguro que el puñetero Ibáñez se lo debe de estar pasando en grande en comandancia — se quejó Vázquez.

— Tú estás celoso — le señaló Escobar sonriendo. No era la primera vez que Vázquez se quejaba de Ibáñez, los tres habían sido

compañeros de promoción, pero este había ascendido mientras ellos seguían comiéndose guardias un día sí y otro también.

—¿Celoso? —preguntó haciéndose el ofendido—. Lo que pasa es que ese tío es un... Le enseñé todo lo que sabe y lo ha usado de forma rastrera.

—Vamos, vamos, que no es para tanto —comentó Escobar, tratando de calmar a su compañero.

—¿Cómo que no? —dijo Vázquez—. Ese tío se ha ganado los galones a base del esfuerzo de los demás. Cuando un trabajo estaba acabado, él salía de repente, se adjudicaba la autoría y se llevaba los méritos; y para los demás, ni las gracias.

—No es muy diferente de lo que tú haces —señaló sonriendo Escobar, que lo conocía muy bien.

—No me compares —dijo ofendido Vázquez—. Lo mío es un arte. Yo no hago el trabajo que me mandan. Hago que parezca que lo he realizado, pero sin haber movido un músculo. A ver cuánta gente puede hacer eso.

—En eso te doy la razón —dijo Escobar mientras estiraba su espalda levantando los brazos sobre su cabeza—. Creo que me voy a dar una vuelta por la cantina. ¿Quieres que te traiga algo? Invito yo.

—Un chocolate caliente —dijo sonriendo Vázquez—, que hace un frío... Maldita humedad. Por cierto, ¿tienes un cigarrillo?

Vázquez vio alejarse a Escobar por las escaleras. Luego devolvió su atención a la calle, que seguía estando aburridamente tranquila.

Escobar regresó de repente al trote y lo arrastró fuera de la garita, señalando hacia la rotonda. Entonces Vázquez miró adonde su compañero señalaba y se quedó lívido. Bajando desde la rotonda había una enorme cantidad de zombis. Nunca había visto tantos juntos, ni siquiera en los documentales sobre el apocalipsis. Sin pensárselo dos veces, cogió su radio.

—¡Mi sargento! —exclamó—. ¡Zombis, cientos de zombis! ¡Miles! ¡La calle está llena de ellos!